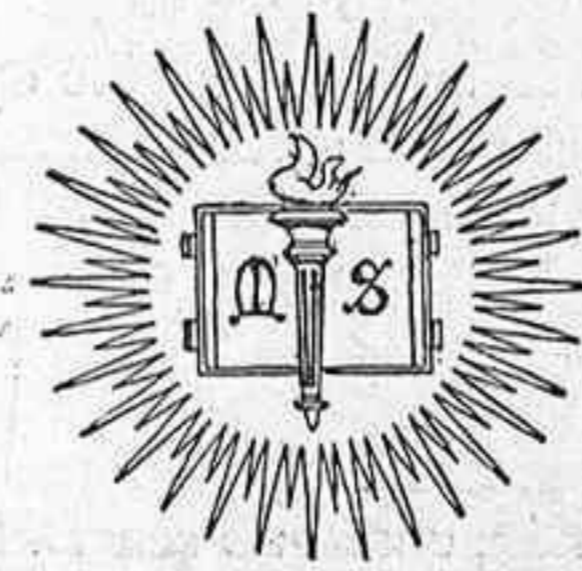


Ilustración Artística

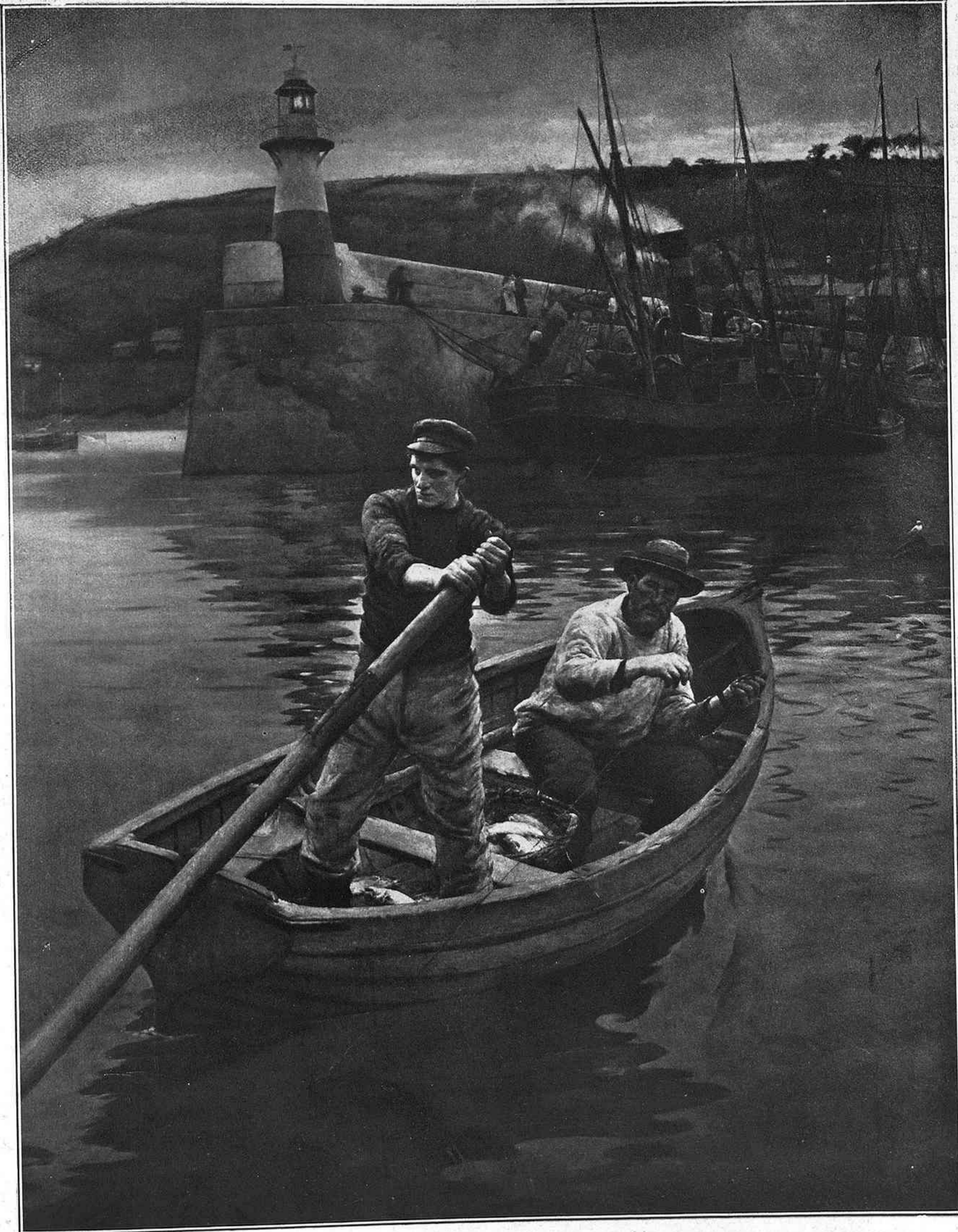


AÑO XXXII

← BARCELONA 15 DE SEPTIEMBRE DE 1913 →

NÚM. 1.655

OBRAS NOTABLES DE LA PINTURA MODERNA



EL FARO, cuadro de Stanhope A. Forbes. (Reproducción autorizada por la Galería de Arte de Manchester.)

SUMARIO

Texto. - *La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. - *Cómo se llega*, por Eduardo Zamacois. - *Prodigiosos vuelos de Pegoud*. - Barcelona. *Carretera ciclista «La vuelta a Cataluña»*. - Tetuán. *Celebración de la Pascua chica*. - Andorra. *Homenaje al Dr. Benlloch*. - S. E. *el cardenal Vives Tutó*. - Málaga. *Una fiesta benéfica*. - *La hija del señor Mahú* (novela ilustrada; continuación). - *La cripta restaurada de la abadía de Montecassino*. - *El «buque-botella»*.
Grabados. - *El faro*, cuadro de Stanhope A. Forbes. - Dibujo de Tamburini, ilustración a *Cómo se llega*. - *Gitanas*, cuadro de Luis Wieden. - *Tarde de fiesta*, cuadro de José Goosens. - *En la Camargue*, cuadro de Enrique Rousseau. - *En los muelles de París*, cuadro de J. Pagés. - *Prodigiosos vuelos de Pegoud*. - Barcelona. *Carretera ciclista «La vuelta a Cataluña»*. - Tetuán. *Celebración de la Pascua chica*. *Torcuato Tasso y Leonor de Este*, cuadro de Domingo Morelli. - *Pompeyana*, cuadro de Federico Maldarelli. - *Andorra*. *Homenaje al Dr. Benlloch*. - S. E. *el cardenal Vives y Tutó*. - Málaga. *Una fiesta benéfica*. - *La cripta restaurada de la abadía de Montecassino*. - *Constantino Panofetti*.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

En Navia, pueblo natal de D. Ramón de Campoamor, se ha inaugurado solemnemente el monumento consagrado a su memoria. Cuando digo *solemnemente*, es un modo de decir. No debieran haber faltado, en esa inauguración, representaciones de muchas cosas que me callo. Campoamor es una gloria refulgente, un nombre que no debiera olvidarse con la facilidad que aquí tenemos para olvidarlo todo. Una mañana nos despertaremos y saldremos por ahí preguntando nuestro propio nombre.

De los poetas del siglo XIX en España, es D. Ramón de Campoamor, para mí, el predilecto, exceptuando honrosamente algunas composiciones de Becquer y varias de Gabriel y Galán. En cuanto a Zorrilla y Espronceda, los considero de otra generación; pero la cronología me desmiente: las *Doloras* son contemporáneas del *Tenorio*.

Cuando conocí a Campoamor, no era él joven: pasaba ya de los sesenta. Mostraba una vitalidad asombrosa, un espíritu infantil. En la primer visita que me hizo, le llamé la atención un medallón que yo llevaba al cuello, y tuve que desabrochar la cadena y enseñárselo despacio. El medallón le inspiró multitud de madrigales graciosos. Más adelante, unos diez años antes de su muerte - falleció de ochenta y tres - empecé a visitarle, porque no podía salir sino a las horas de sol, en coche cerrado, abrigadísimo; no subía escaleras, y se había retirado completamente de la vida social. Pero continuaba joven o más bien niño, como antes, en su humor, y le divertía todo, la charla, una noticia que le llevarsen, un artículo que le leyesen; y se regocijaba al enviarme cajas de bombones y menudencias gentiles, de las cuales conservo algunas. Era un carácter humano y comunicativo, y al mismo tiempo reservadísimo en lo que se refería a su vida íntima y del corazón, persistiendo en aquella actitud hermética que tomó cuando el Conde de Revillagigedo, abuelo del actual, se empeñó en averiguar a qué desencantos y desilusiones del poeta respondía el nombre de las *Doloras*. En aquel posterior período de su existencia, Campoamor, aunque siempre ameno de trato y aficionado al gracejo, sentía la obsesión escalofriante del próximo fin. Se cuidaba extraordinariamente, temiendo, sobre todo, al enfriamiento, a la emoción. Por eso rehusó lo que de acuerdo conmigo le proponía Romero Robledo: una coronación, público homenaje. «Sería muerte segura», declaró. Su espíritu vivaz, su naturaleza todavía fuerte, sentían el horror de la nada; y si pudiese aquel hombre tan desengañado y a la vez tan prendado de la vida formular un pacto con Mefistófeles, segura estoy de que le pediría lo que le pidió Fausto: el divino tesoro de la juventud.

Campoamor había nacido en 1817 - el mismo año que Zorrilla - , y entre ambos, parece que media un siglo: Zorrilla es un poeta épico, un eco de la tradición, y Campoamor es la musa moderna, con sus dudas, sus inquietudes, sus nostalgias de la fe que no posee, sus ávidas y osadas investigaciones psicológicas, su triste amor del desengaño. Es además Campoamor lo que no ha sido, que yo sepa, ninguno de los poetas españoles del siglo XIX, lo que fué tan sólo Fray Luis, y algunos dramaturgos: un filósofo en verso. A pesar de lo cual, encantó a las mujeres, que no entienden de metafísica, pero que, según el Dante, tienen *intelletto d'amore*. Como Valera, Campoamor hizo recios estudios de Humanidades: y aun cuando no puede decirse que haya seguido los preceptos horacianos, mostró afinidades con el insigne epicúreo, que lloraba, con las suaves lágrimas del deleite, la brevedad de la vida. No hay nadie que menos se parezca a un clásico que el autor de las *Doloras*; pero tampoco hay quien menos afinidades tenga con un romántico. En eso estriba el toque de su originali-

dad, acaso menos apreciada, en vida y en muerte, de lo que debiera ser. Recuérdese que Alfredo de Musset afirmó que nadie procedía de sí mismo, diciendo:

«*C'est imiter quelq'un que de planter des choux.*»
o sea que, en los actos más vulgares de la vida, seguimos siempre las huellas de alguien. Pero yo me represento, muchas veces, lo que escribiría un crítico extranjero, si en su país hubiese existido un poeta tan inclasificable. En la lírica francesa, por ejemplo, se ve muy clara la filiación de los escritores, y lo mismo sucede en la novela, y aun en géneros didácticos como la historia y la crítica. Cualquiera que sea la originalidad de un escritor, se le hallan precedentes, se habla de precursores. Ningún precursor veo a la lírica de D. Ramón, como no sea D. Ramón mismo.

Su estructura es también muy personal, al menos en España, donde han abundado más los estoicos y los libertinos, que los epicúreos (dando a esta palabra un sentido ni bajo ni material, sino intelectual y hasta sentimental, en cierto límite). Campoamor no conoce esa ascesis que tantas individualidades señaladísimas de España han practicado, alternando a veces con derroches de sensualismo: y baste citar, como ejemplo típico, a Quevedo, autor sucesivamente de la *Política de Dios y Gobierno de Cristo*, y de las *Jácaras y Letrillas*. En España, lo picaresco y lo místico se dan la mano; lo que no abunda es algo entre estos dos extremos, el hombre que yo llamaría «un griego que ha leído el *Kempis*», y que tiene el dejo melancólico de las aspiraciones espirituales. Y, siempre, en la poesía de Campoamor se me va el pensamiento hacia Salomón, y hacia la filosofía del Eclesiastés. ¡Vanidad de vanidades!

La dualidad, tan moderna, de su condición, la reconocía Campoamor declarando que «su amor a la poesía latina y sus aficiones literarias han podido ser causa de que no gane nunca el cielo». Porque - en su primera juventud - , intentó ser jesuita.

En todo es singular, hasta en la evolución de sus ideas políticas, Campoamor. Primero fué liberal, pero, cuando se hizo liberal todo el mundo, incluso la plebe, «por delicadeza de estómago», son sus palabras, ingresa en el partido moderado, al cual llama «oligarquía de la inteligencia», y en el cual figuraba también otro poeta, amigo suyo, Nicomedes Pastor Díaz. La repugnancia a seguir a la grey, es nota distintiva de un hombre que, si por un lado parece burgués, adentro es poeta, sólo poeta, aunque irreductible al molde común de los otros poetas de su tiempo. En la biografía de Campoamor, nada encontraremos que nos recuerde las desesperaciones, desquiciamientos, infelicidades y falta de adaptación a la realidad que se advierten en otras, en las de Espronceda, Zorrilla, Larra, figuras eminentes del ciclo romántico. Campoamor, lo sabemos, no era de ningún ciclo. Su poesía brotaba más bien de su mente que de su corazón: él lo confiesa, al defenderse de la acusación de plagio, explicando cómo entiende la originalidad, y reconociendo que sus versos son *ideas*, recogidas aquí y allí. Por cierto que la acusación de plagio, dirigida a Campoamor, prueba el estado de atraso de la crítica en España, en aquel tiempo y acaso en todos. Nadie se daba cuenta de este hecho, que es el hecho esencial en Campoamor: que no procede de nadie, y que nadie pudiera seguir sus huellas, aunque muchos con escaso éxito lo hayan intentado (por ejemplo, D. Manuel de la Revilla, al escribir *El tren eterno*). Siempre se pueden seguir las huellas de un autor, en cuanto a *imitarle*; pero los que verdaderamente hacen escuela, los que señalan derroteros, dejan un margen de independencia a quien les sigue. De Campoamor no se podía ser sino esclavo. Discípulo, nunca. Era una individualidad aparte, con un sello propio e inconfundible.

Humorista fino, Campoamor mostraba la mayor complacencia cuando un principiante cándido le leía en voz temblona alguna *Dolora* o algún *Pequeño poema*. Los elogios eran como los que en caso análogo solía gastar Víctor Hugo: un derroche, una copa de miel derramada con pródiga mano, en libación a las Musas. «Es mejor que cuanto hice yo en mi vida, se lo digo sin reparo... Soy ya viejo, y es necesario que alguien venga a ocupar mi sitio... Ya sé yo quién va a ser...» ¡Oh ironía, coraza milanesa fría y cincelada y cómo proteges los pechos! ¡Envidiable don, arma irresistible! ¡Mientras la sinceridad magulla el amor propio y lo convierte en veneno, tñ, Ironía, diosa del velo gris, das a beber una poción calmante... y, para los crédulos, hasta embriagadora!..

Podía D. Ramón impunemente reconocer por herederos a cuantos jovencuelos se le presentasen, manuscrito bajo el brazo. La herencia se la llevó al sepulcro. Nadie se la había transmitido y a nadie la legó.

Fué Campoamor el primer, iba a decir poeta, y estoy por añadir español, que trató incesantemente de la mujer (pues ciertas diatribas del siglo XVIII no son

estudios, y son probablemente lo contrario). Allá por 1857 ó 58, D. Severo Catalina publicó un libro titulado *La Mujer*, muy mediano y atestado de lugares comunes. Campoamor salió a la palestra, con uno de los artículos más curiosos que produjo su pluma. Porque Campoamor no fué sólo poeta, sino que escribió varios tomos de prosa, a pesar del desprecio en que la tenía, calificándola de «jerga animal del ser humano» y negándole todo valor artístico, especialmente si era prosa galana, o como él decía, «dominguera». En algo andaba conforme Catalina con las ideas de Campoamor acerca de la mujer, pues la considera relativa al hombre, y nada más. Es decir que Campoamor, en su prolongada disección, en sus himnos y en sus rasguños a la mujer, nunca la mira sino como algo accesorio. Y además, suele ser para él la mujer eterno misterio, esfinge eterna (como lo será para cuantos la estudien así, y no como mitad, sencillamente, del género humano). Hay sin embargo que agradecerle a Campoamor que sus observaciones acerca de la mujer vayan muchas veces impregnadas de un respeto idealista, hasta en los pasajes más atrevidos.

Donde mejor se descubre este culto a la mujer en Campoamor, es en sus *Doloras*, *Cantares* y *Humoradas*. Sea que reproduzca los consejos de la anciana a la moza, como en *Cosas de la Edad*; sea que excuse, risueño, a la inconstante, que le engañó, y sostenga la máxima de que «quien vive, olvida»; sea que, todavía más en burla, consuele a la abandonada que a su vez se hartó del idilio; sea que muestre a la pecadora arrodillada al pie del confesionario, haciendo vanos propósitos de enmienda; sea que reconozca, ante la beldad, que las flores que la coronan no son más que ceniza; sea que lamente la pérdida de la rosa entregada en la hora de la despedida; y amuestre el efecto amoroso de la compasión, o excuse la mentira de la que en su balcón cuelga una palma, o encarezca los beneficios de la ausencia consoladora, o compadezca el alma en pena de la enamorada, o pinte el remordimiento y la vergüenza de la caída - se transparenta siempre el fondo de indulgencia, la excusa prevenida y fácil, en la común miseria del amor que pasa, cuando creyó ser eterno e infinito. (Y me apresuro a decir que D. Ramón de Campoamor fué un excelente esposo, y que nadie ha podido tildarle de costumbres desarregladas.) Y en un momento de análisis, en una de sus poesías más prosaicas de forma (es preciso reconocerlo) no puede menos de exclamar, admitiendo la identidad de las psicologías femenina y masculina:

Si a los dos sexos igualo,
es porque infiero con pena
que, si es el hombre algo malo,
es la mujer no muy buena.
Donde las toman, las dan,
asienta un refrán de amor,
y, cual dice otro refrán,
a un pícaro, otro mayor;
a buena fe, mala fe;
a un *ate ante*, un *arredro*;
quien más mira, menos ve;
tan bueno es Juan, como Pedro...
Pues hombre y mujer son seres
iguales, con varios nombres,
hombres, ¡lo que son mujeres!
mujeres, ¡lo que son hombres!

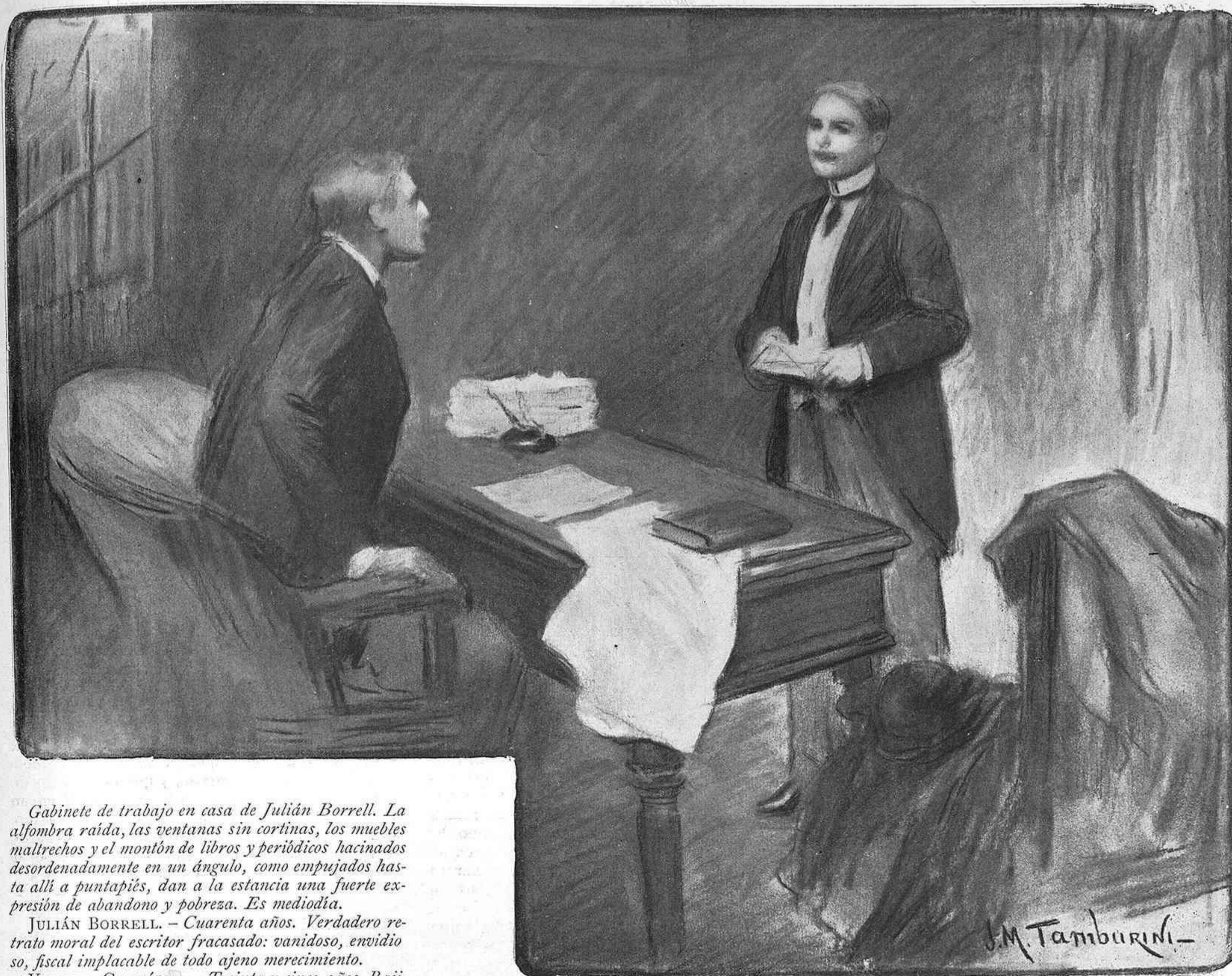
En medio de la consagración de la poesía de Campoamor a la mujer, no se descubre en ella vestigio de pasión profunda, exclusiva. Al contrario: se ve la rapidez de la impresión «todo al vuelo, todo al vuelo» y la gentil viveza con que los lazos se rompen, para volverse a anudar, en frágil cadena de rosas. «Amoroso, nunca amante» parece la divisa de este poeta que casi no ha cantado sino el amor y la desilusión de la vida. Falta en él una nota vibrante, como la del *Canto a Teresa*, de Espronceda, o la de ciertos poemas de Becquer, que tienen un asunto fundado en verdadero sentimiento, hondo, invencible. La «niebla fría» de sus montañas parece helar, de antemano, las efusiones y los gritos personales, en el autor de las *Doloras*. Entre el coro de líricas mujeres que canta en sus versos (la romántica enamorada del tren, la candorosa aldeana «que no sabe escribir» y tantas más), y aunque nos afirme que

del corazón la inextinguible fuente
no se agota jamás;
amé una vez, y dos, inmensamente,
y tres, y acaso más...

tal vez por lo mismo, por este poder de renovación, no hay en Campoamor sino el filósofo, el moralista de este aspecto de la vida. El enamorado, nunca. - No tuvo Beatriz, Elvira ni Leonor, este poeta, que no se parece a otro ninguno, y a quien acaban de alzar un monumento.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

CÓMO SE LLEGA, POR EDUARDO ZAMACOIS, dibujo de Tamburini



Gabinete de trabajo en casa de Julián Borrell. La alfombra raída, las ventanas sin cortinas, los muebles maltrechos y el montón de libros y periódicos hacinados desordenadamente en un ángulo, como empujados hasta allí a puntapiés, dan a la estancia una fuerte expresión de abandono y pobreza. Es mediodía.

JULIÁN BORRELL. - Cuarenta años. Verdadero retrato moral del escritor fracasado: vanidoso, envidioso, fiscal implacable de todo ajeno merecimiento.

VICENTE GONZÁLEZ. - Treinta y cinco años. Bajito, redondo, pulido en el ademán y en el vestir. Aire satisfecho. Tipo del comerciante acomodado que concurre a los estrenos y exposiciones, y colecciona puntualmente revistas ilustradas.

González, sentado cerca de una ventana, lee distraídamente un periódico. Borrell va y vuelve por la habitación, el ceño preocupado, las manos a la espalda. Pausa larga.

GONZÁLEZ (interrumpiendo su lectura). - ¿Y cuándo es el entierro?

BORRELL (sin mirarle). - Mañana, a las tres.

GONZÁLEZ. - No faltaré. ¿Será necesario ir de levita?

BORRELL (bruscamente). - No seas idiota. ¿Por qué había de ser obligatoria la levita? Se trata de un literato, de un pobre hombre que vivía de la literatura... Yo, por mi gusto, iría en mangas de camisa.

GONZÁLEZ (escandalizado). - ¡Julián!...

BORRELL. - Créeme que el finado no merecía otros honores.

GONZÁLEZ. - No te comprendo. ¿Hablas seriamente?

BORRELL. - Seriamente.

GONZÁLEZ. - ¿No crees que Rodríguez Fortún fue un gran novelista, un gran dramaturgo, un maestro, en fin?

BORRELL. - No, chico. Rodríguez Fortún me pareció siempre un solemne mentecato, un espíritu vulgar, un glosador feliz... ¡Nada más que eso: un glosador afortunado!...

GONZÁLEZ. - Me dejas atónito; eres una contradicción perpetua; yo, mil veces, te he oído llamar a Rodríguez Fortún «maestro»...

BORRELL. - Verdad.

GONZÁLEZ. - Nunca le mordiste, tú que hablas mal de todo el mundo.

BORRELL. - Es que no podía; los que conocen mi historia me hubiesen llamado desagradecido. ¿Comprendes?..

GONZÁLEZ. - Perfectamente. La protección fervorosa que Rodríguez Fortún te dispensó durante muchos años no es un secreto para nadie. Su favor te abrió las puertas de los principales rotativos; gracias a él, también, estrenaste tu primera comedia.

BORRELL. - ¡Gracias a él!

GONZÁLEZ. - Eso dicen.

BORRELL. - ¡Psch!.. ¡Eso, efectivamente, cree el vulgo!

GONZÁLEZ. - Y lo cree porque tú lo has dicho en más de una crónica. (Pausa.) ¿En qué quedamos?

BORRELL (apesadumbrado). - Sí; yo mismo lo he dicho, por no tener otro remedio, porque me hallaba preso en las redes que fabricó mi astucia; declarar la verdad, hubiese equivalido a destruir mi propia obra, a cubrirme de fango, a mostrarme ante el público como un falsificador ridículo... ¡y eso era imposible!.. (Unos momentos permanece grave, como quien baraja negros pensamientos. De pronto su rostro se ilumina, sonríe y su voz adquiere, con la alegría, una inflexión más dulce.) Es una aventurilla juvenil, una anécdota bohemia que, a pesar de todo, tiene gracia. Es la primera vez que mis labios se deciden a contarla; escucha... (Hay otro silencio. González está impaciente. Satisfecho de la curiosidad de su interlocutor, Julián Borrell enciende un cigarrillo y prosigue.) Hace veinte años yo era casi un muchacho; la ambición acababa de arrancarme de mi rincón provinciano y estaba falto de dinero y de placeres, sediento de gloria... Necesitaba «llegar»... ¿Cómo?.. De cualquier modo: mi osadía mocera no examinaba la moralidad de los caminos, ni retrocedía ante ningún obstáculo. Una mañana, sin otros fiadores que mi atrevimiento y desparpajo, me planté en el despacho de Rodríguez Fortún. «Maestro - le dije - acabo de llegar de mi pueblo y carezco de re-

cursos; soy escritor o, al menos, aspiro a serlo. Deseo colaborar en algún periódico importante y el favor omnipotente de usted puede franquearme muchas puertas: ¿quiere usted ayudarme?..»

GONZÁLEZ (interesado). - ¿Y?..

BORRELL. - Rodríguez Fortún, rico, orondo de sus triunfos, adulado por la crítica, endiosado, me recibió desabridamente; y, de mala gana, me dió una carta, fría como su alma, para el director de cierta revista... Al salir a la calle, tentado estuve de romper aquella carta trivial que casi constituía una ofensa para mí. Pero, de súbito, recordé la asombrosa habilidad que siempre he tenido para imitar cualquier forma de letra, y este recuerdo me sugirió el propósito pícaro de imitar la de Rodríguez Fortún para recomendarme a mi sabor. Con este pensamiento redacté una carta magnífica, insuperable, en donde me llamaba «cronista exquisito»..., «maravilloso del estilo»... y otras lindézas, y al pie de la cual escribí osadamente la firma del «maestro».

GONZÁLEZ (riendo). - ¡Delicioso!

BORRELL. - ¡Ja, ja, ja!.. ¡De primer orden!

GONZÁLEZ. - ¿Y después?

BORRELL. - Me presenté con ella al director de *Claro Oscuro*, una de las mejores publicaciones ilustradas de aquella época. El buen señor leyó la carta y luego me examinó atentamente; volvió a leerla y de nuevo tornó a mirarme con una devoción y un interés que me llenaron de risa el cuerpo. Había en la supuesta carta de Rodríguez Fortún tal cariño hacia mí, o tan sincera admiración hacia el escritor que empieza, que, en ambos casos, era indispensable cumplir la voluntad del maestro. El director de *Claro Oscuro*, afablemente, como si tratase con cualquier antiguo «amigo de la casa», me preguntó: «¿Trae usted algún original? - Sí, señor.» Le dejé

Me presenté con ella al director de *Claro Oscuro*...

J.M. Tamburini

dos crónicas. «¿Las ha leído el Sr. Rodríguez Fortún? — Sí, señor; ellas, precisamente, son las que le movieron a escribir la generosa misiva de presentación que usted conoce. — En tal caso — repuso — no necesito leerlas, y esté usted seguro de que ambas quedan admitidas.» Yo, maravillado del óptimo resultado de mi ardid, añadí con esa temeridad que infunden, de una parte el éxito, de otra la necesidad: «¿Y podrá cobrarlas? — Cuando se publiquen.»

GONZÁLEZ (*riendo siempre con la bonachonería de un simple*). — Parece lance de magia.

BORRELL. — Transcurrieron cinco o seis semanas, durante las cuales, y a intervalos discretos, fui varias veces a la redacción de *Claro Oscuro*. Mis artículos, sin embargo, no se publicaban; el director lo atribuía al muchísimo original — cuentos, crónicas, actualidades, etc. — que tenía en cartera. Comprendí que el excelente señor, a despecho de sus buenos propósitos y de su incondicional adhesión al «maestro», comenzaba a olvidarme. Entonces, dispuesto, como el héroe extremeño, «a quemar mis naves», le dirigí por correo y siempre con la firma de Rodríguez Fortún, una carta capaz de hacerme entrar, no ya en una redacción, pero en la mismísima Academia de «los Inmortales». Había párrafos como éste: «Si desaira usted las pretensiones de mi recomendado, me consideraré ofendido en su persona y tendré el sentimiento de verme obligado a retirar a *Claro Oscuro* mi modesta colaboración.» Al día siguiente, con un portero de la redacción, el señor director me ofrecía en su revista un sueldo de treinta duros. Así empecé mi carrera de escritor. (*González se frota las manos y enciende un cigarrillo. Julián Borrell, con aire suficiente y apersonado, continúa:*) Como supondrás, no dejé de ir a darle a Rodríguez Fortún las gracias por el inmenso favor que de su compasivo corazón y enormes merecimientos acababa de recibir. El «maestro», debo declararlo así rindiendo a su buen criterio la debida justicia, pareció muy sorprendido de que una carta suya, fría, incolora, desjugada, escrita para salir del paso y como «con la punta de los dedos», hubiese producido fruto tan rápido y excelente. Pero yo contradije su escepticismo, le adulé, le aturdí con las fragancias de las palabras más encomiásticas y corteses, y no me fué difícil persuadirle de su omnipotencia y de cómo cualquier solicitud

firmada por él, por ligera que fuese, tenía la autoridad irrevocable de una orden. (*Pausa.*) Para estrenar mi primera comedia, *El Faro*, tres actos...

GONZÁLEZ. — La conozco.

BORRELL. — Me serví del mismo procedimiento. Primero, una carta — esta vez auténtica — de Rodri-



Gitanas, cuadro de Luis Wieden
(Exposición de la Secesión vienesa en Munich.)

guez Fortún, recomendándome al director del teatro. Después, una segunda carta — mía completamente, como las sucesivas — en donde el «maestro» dolíase de que mi obra aun no estuviese «sacada de papeles», siendo, como era, una comedia capaz de salvar una temporada. Y, finalmente, una misiva breve, pero dura, inapelable, en la que Rodríguez Fortún amenazaba a la empresa con no dar ninguno de los dramas que tenía ofrecidos, si antes mi comedia no

se estrenaba. Afortunadamente, el «maestro» era un solitario que no salía nunca de noche, ni recibía a nadie. Como supondrás, aquella última carta mía produjo en el teatro la impresión de una bomba; y fué tanto más eficaz cuanto que todos sabían que Rodríguez Fortún, taciturno y retraído, no se interesaba por nadie. ¡Cáscaras! ¡Mucho debía valer yo cuando, por servirme, el gran hombre se decidía a romper su egoísmo!..

GONZÁLEZ. — ¡Tiene gracia!

BORRELL. — ¿Necesitaré decirte que este pequeño pero ingenioso ardid lo empleé contra otros muchos periódicos, y que nunca dejé de producirme el beneficio deseado?.. En todas partes decían respetuosamente: «Ese muchacho a quien protege Rodríguez Fortún...» Con los empresarios de los demás teatros hice lo mismo, de suerte que puedo jurar que, cuanto soy, me lo debo a mí, a mi propio esfuerzo; a Rodríguez Fortún, directamente, no le debo nada...

GONZÁLEZ. — Sin embargo...

BORRELL (*con imperio*). — ¡Nada le debo, repito!.. pucs el favor que de él recibí no fué obra de su bondad, sino fruto de mi travesura y sutileza. (*Irritándose.*) ¡Lo que siento es no poder declararlo así! ¡Ah! Cuando oigo decir que Rodríguez Fortún me protegió... ¡si supieses qué latido de ira y de odio me da el corazón!.. (*Se sienta delante de la mesa, destapa un tintero y se dispone a escribir.*)

GONZÁLEZ. — Veo que quieres trabajar; me marchó. ¿Vas a «enterrar» al «maestro»?..

BORRELL. — Sí; nadie más obligado que yo a dedicarle un artículo necrológico.

GONZÁLEZ. — ¿Hablarás mal de él?

BORRELL (*con rabia*). — ¿Cómo quieres que lo haga? ¿No sabes que no puedo?.. Hablaré bien: total, una vez más... la última...

GONZÁLEZ (*desde la puerta*). — Mañana nos veremos en su entierro. Adiós...

BORRELL (*escribiendo febril*). «En estos momentos un dolor infinito destroza mi pobre alma; mis ojos llenos están de lágrimas. Compañeros: que mi aflicción no os sorprenda; vosotros sabéis que no soy desagrado y que todo lo que valgo, todo cuanto signífico en el mundo de las letras, se lo debo al gran maestro que acaba de morir... Etc.»



Tarde de fiesta, cuadro de José Goossens. (Exposición Internacional de Bellas Artes. Dusseldorf, 1913.)



En la Camargue, cuadro de Enrique Rousseau. (Reproducción autorizada por el Sindicato de la Propiedad Artística.)

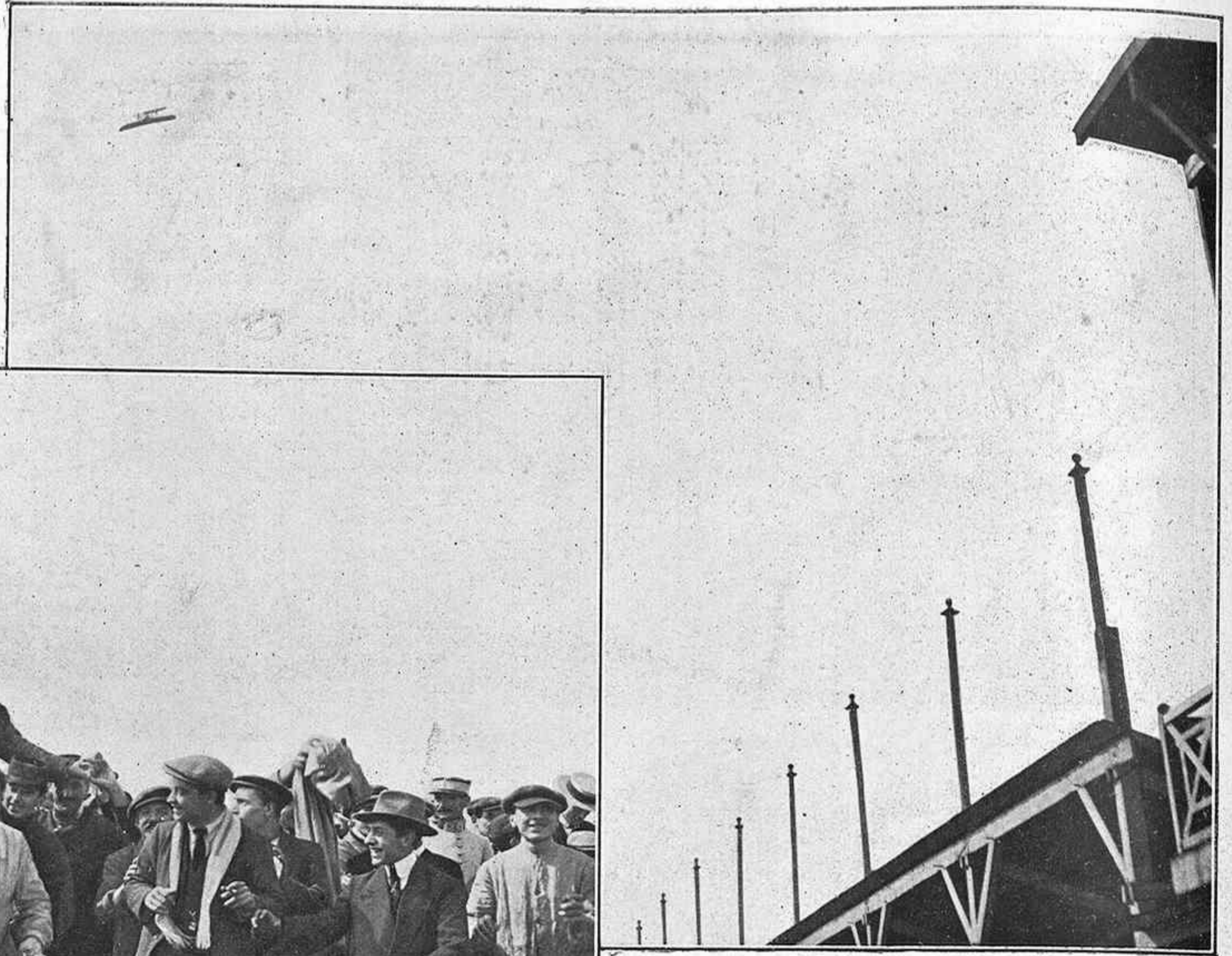


En los muelles de París, cuadro de J. Pagés. (Reproducción autorizada por el Sindicato de la Propiedad Artística.)

PRODIGIOSOS VUELOS DE PEGOUD

Pocas veces se aplicará con más propiedad que en este caso el calificativo que damos a los vuelos efectuados recientemente en el aeródromo de Buc por el aviador francés Pegoud en un monoplano Bleriot. Los experimentos por él realizados parecen ser una prueba concluyente de que el aeroplano se halla próximo a adquirir una estabilidad completa, con lo cual desaparecerá el peligro más grande que al presente ofrecen estos aparatos. Descender en posición vertical y con velocidad vertiginosa y sobre todo volar con el aparato invertido, es decir, con las ruedas hacia arriba y por consiguiente con la cabeza del aviador hacia abajo, parecían cosas imposibles; gracias a Pegoud, se ha demostrado que lo conceptuado imposible era perfectamente hacedero.

He aquí la descripción del vuelo que tomamos del impor-



El aviador Pegoud llevado en triunfo después de los prodigiosos vuelos efectuados en el aeródromo de Buc. (De fotografía de M. Rol.)

Vuelo del aviador Pegoud con el aparato invertido. (De fotografía de Photo-Hispania.)

experimentos aun más atrevidos que los hasta ahora realizados, para demostrar que el constructor Bleriot acierta cuando afirma que es posible construir un aparato *involtable*, por decirlo así.

BARCELONA. - CARRERA CICLISTA

«LA VUELTA A CATALUÑA»

Se ha efectuado con gran éxito, en los días 6 y 7 del actual, esta carrera ciclista que comprendía tres etapas: Barcelona-Lérida (190 kilómetros); Lérida-Manresa (128 kilómetros) y Manresa-Barcelona (130 kilómetros). Tomaron parte en ella los corredores siguientes: Crespo, Magdalena, Falset, Sammarini, Esteve, Service, Túnica, Marqués, Villanueva y Luna, de Barcelona; Antón, Juzuma y Fuentes, de Madrid; Martorell y Sarobé, de Tarragona; Blanes y García, de Figueras; Anson, de Villanueva y Geltrú; Miró, de Vendrell; Martí, de La Garriga; Baró, de Vilafranca del Penedés; y Mezquita, de Villarreal.

No disponiendo de espacio para describir la carrera en todos sus pormenores, nos limitaremos a decir que corrieron la primera etapa todos los corredores menos Miró, Fuentes y Baró; que en la segunda, además de éstos, dejaron de correr Blanes, Juzuma, Esteve, Sarobé y Luna; y que en la tercera tomaron parte los mismos que en la segunda, habiendo tenido, sin embargo, que retirarse García.

La clasificación general hecha según los tiempos empleados dió el siguiente resultado: Martí, en 18 horas, 6 minutos, 23 segundos; Crespo, en 19 h., 14 m., 36 s.; Antón, en 19 h., 46 m., 55 s.; Túnica, en 20 h., 21 m., 51 s.; Anson, en 20 h., 23 m., 42 s.; Service, en 20 h., 31 m., 2 s.; Fuentes, en 21 h., 48 m., 12 s.; Marqués, en 21 h., 54 m., 44 s.; Mezquita, en 21 h., 57 m., 30 s.; Sammarini, en 23 horas, 31 m., 15 s.; Falset, en 24 h., 49 m., 30 s.; y Villanueva, en 26 h., 57 minutos, 34 s.

Martí ganó 625 pesetas y el título de campeón de Cataluña; Crespo, 655 pesetas; y Antón, el premio Vinardell, consistente en una bicicleta y un objeto de arte, regalo del señor Jaumandreu.

Un público numerosísimo esperaba en el Salón de San Juan la llegada de los corredores, a quienes tributó grandes ovaciones.

La organización de la carrera ha sido perfecta, mereciendo por ello entusiastas felicitaciones la Unión Velocipédica y demás entidades deportivas que han intervenido en ella. - S.

tante diario parisiense *L'Auto*, verdadera autoridad en estas materias.

«A las 10 y 20 abandona Pegoud el suelo, describe muchas curvas y desaparece entre las nubes, no dejándonos para seguirle más que el ruido ahogado del motor (un Gnome 50 H P que trabaja admirablemente) y la sombra que se perfila debajo de él en un sol resplandeciente. Llega al punto necesario y, lo mismo que la vispera, pero con más maestría, con más dominio, seguridad y confianza en sí mismo, toma la vertical y luego emprende un vuelo planeado sobre la parte cóncava del ala, es decir, con la cabeza hacia abajo. Su descenso magnífico en un vuelo planeado que nos había anunciado al salir, nos parece interminable; dura 500, tal vez 600 metros, y vemos distintamente, a pocos metros sobre nuestra cabeza, al intrépido piloto que saluda con la mano a los que abajo se mueven y le aclaman. Después el aparato vuelve a colocarse verticalmente y emprende de nuevo su vuelo normal. Y el dócil avión, confiado en la mano que lo conduce, ejecuta, como el día antes, una serie de demostraciones de equilibrio que hacen meditar a más de un técnico. Finalmente llega el aterrizaje; varios zapadores aviadores ofrecen a Pegoud un ramo de flores silvestres apresuradamente cortadas y le llevan en hombros hasta el cobertizo inmediato.»

Hablando de su vuelo, Pegoud ha expresado sus impresiones en los siguientes términos:

«¡Es admirable! Ya comprenderéis que a fuerza de volar con la cabeza hacia arriba acaba uno por cansarse. Es preciso romper con la tradición y con la monotonía y yo os aseguro que es muy agradable ver las personas y las cosas al

revés. Además, esa emoción que se experimenta cuando se oye al viento silbar entre los alambres y se siente vibrar todo el aparato y crujir las alas bajo el formidable empuje del aire en el descenso vertical, ¿no creéis que es la verdadera emoción para un piloto?..»

«Mientras volaba con la cabeza hacia abajo, atado al aparato con unos tirantes de cuero que me impedían separarme de

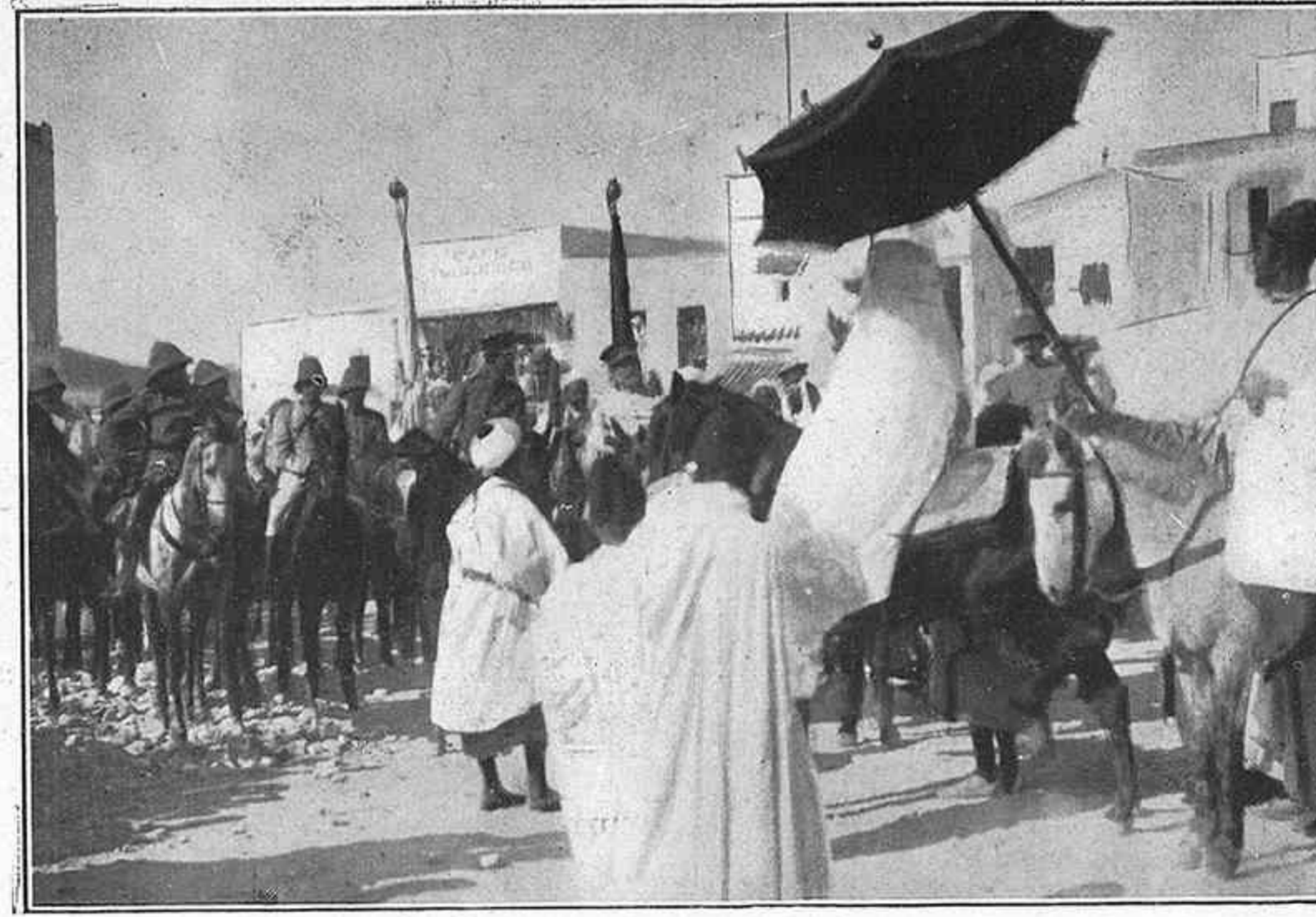
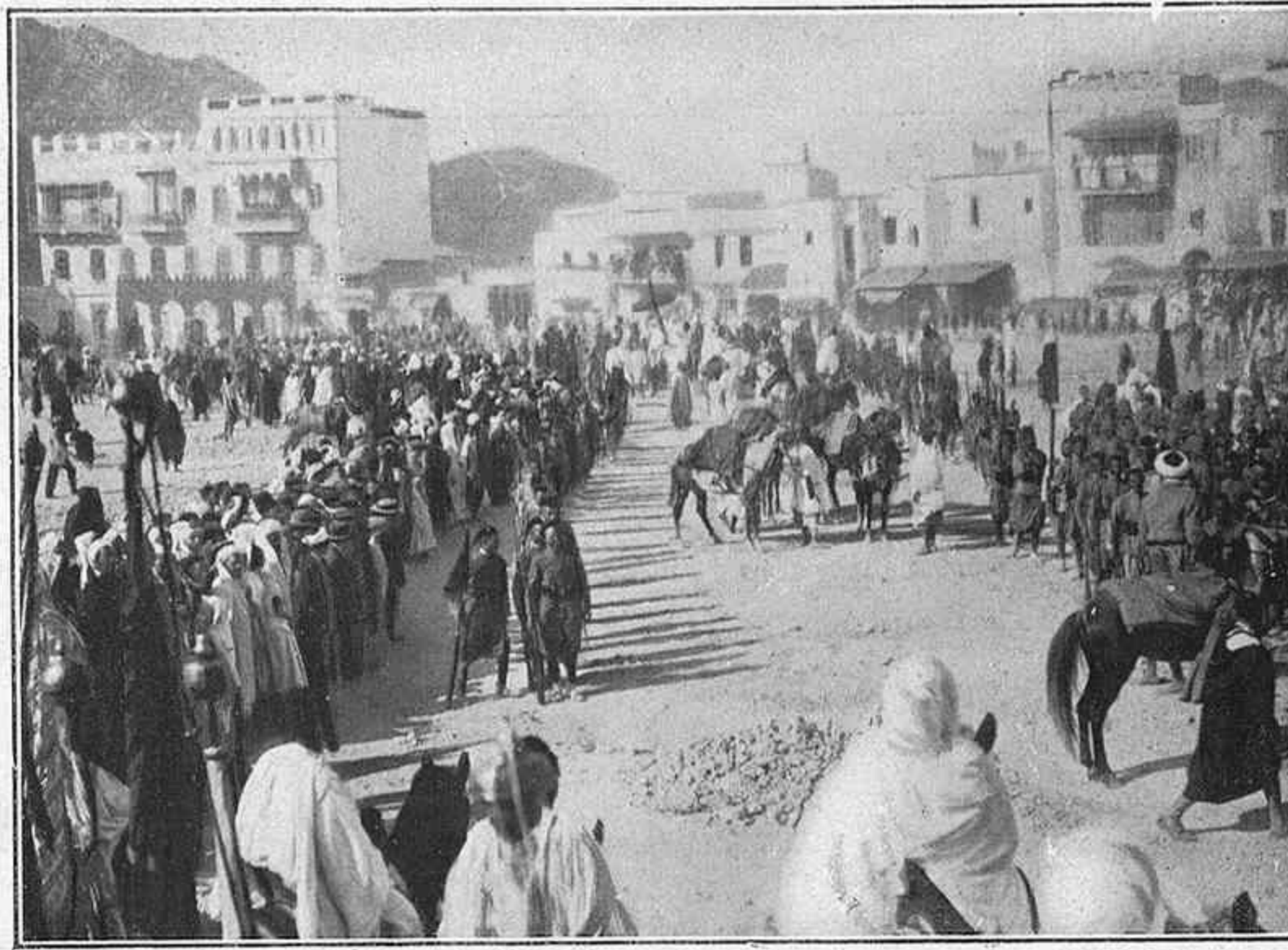


Barcelona. Carrera ciclista de la Vuelta a Cataluña. - Los corredores D. Juan Martí (1) y D. Guillermo Antón (2), ganadores de los premios primero y tercero, a su llegada al Salón de San Juan. (De fotografía de nuestro reportero A. Merletti.)

mi monoplano, me encontraba muy cómodo y en un puesto de observación ideal...»

Pegoud se propone realizar, dentro de poco, otra serie de

TETUÁN. - CELEBRACIÓN DE LA PASCUA CHICA. (De fotografías de Antonio Rectoret.)



Cofradías moras que recorren las calles celebrando la Pascua. - Aspecto de la plaza de España después del rezo en la M'Sala. Las fuerzas del tabor haciendo salvas de fusilería en celebración de la Pascua. - El general Marina despidiéndose del jalifa después de haber éste hecho sus rezos en la M'Sala.

En la noche del 2 del corriente terminó el Ramadán y al día siguiente comenzó la Pascua chica de los moros, que se celebró en Tetuán con gran pompa y solemnidad.

A las ocho de la mañana, las fuerzas regulares y el tabor de la plaza cubrieron la carrera que había de recorrer el jalifa desde la puerta del palacio de éste hasta el sitio llamado M'Sala, próximo al campamento general, en donde estaban formados todos los cuerpos.

Poco después, salió el jalifa junto con el gran visir, el bajá, los ministros, el introductor de embajadores, los moros notables y un lucido acompañamiento, del que formaban parte muchos niños montados en mulas.

En la plaza de España esperaban al jalifa el alto comisario general Marina y los generales Aguilera, Aguado, Primo de Rivera, Arráiz y Berenguer, el cuartel militar, el personal del gabinete diplomático, el Estado mayor, los ayudantes y numerosa escolta.

Juntas las dos comitivas se dirigieron al campo y una vez allí, los moros entraron a orar en la M'Sala y los cristianos se quedaron fuera, esperando que aquéllos terminasen sus oraciones.

Al salir de la M'Sala, el jalifa fué al campamento, revistó las tropas, que estaban formadas y le tributaron honores, y vió funcionar las piezas de artillería, especialmente los cañones Schneider, admirando los magníficos blancos que éstos hicieron en su presencia.

Después el jalifa volvió a su residencia, siendo saludado a su paso por las moras que se hallaban en las azoteas. En la plaza de España aguardaba su regreso un millar de moros que le aclamaron, al mismo tiempo que las fuerzas indígenas disparaban salvas de fusil y las bandas militares tocaban la Marcha Real.

El general Marina y los demás generales despidieron al jalifa, estrechándole afectuosamente la mano y deseándole una Pascua feliz.

Luego desfilaron las tropas, resultando el desfile muy lucido.

La plaza de España ofrecía en aquel momento un aspecto en extremo pintoresco y animado, pues en ella había más de 1.000 moros y 600 moros, montados en caballos lujosamente enjaezados, presenciando el desfile del cortejo.

El jalifa se mostró agradecidísimo e invitó al general Marina a tomar el té en su residencia.

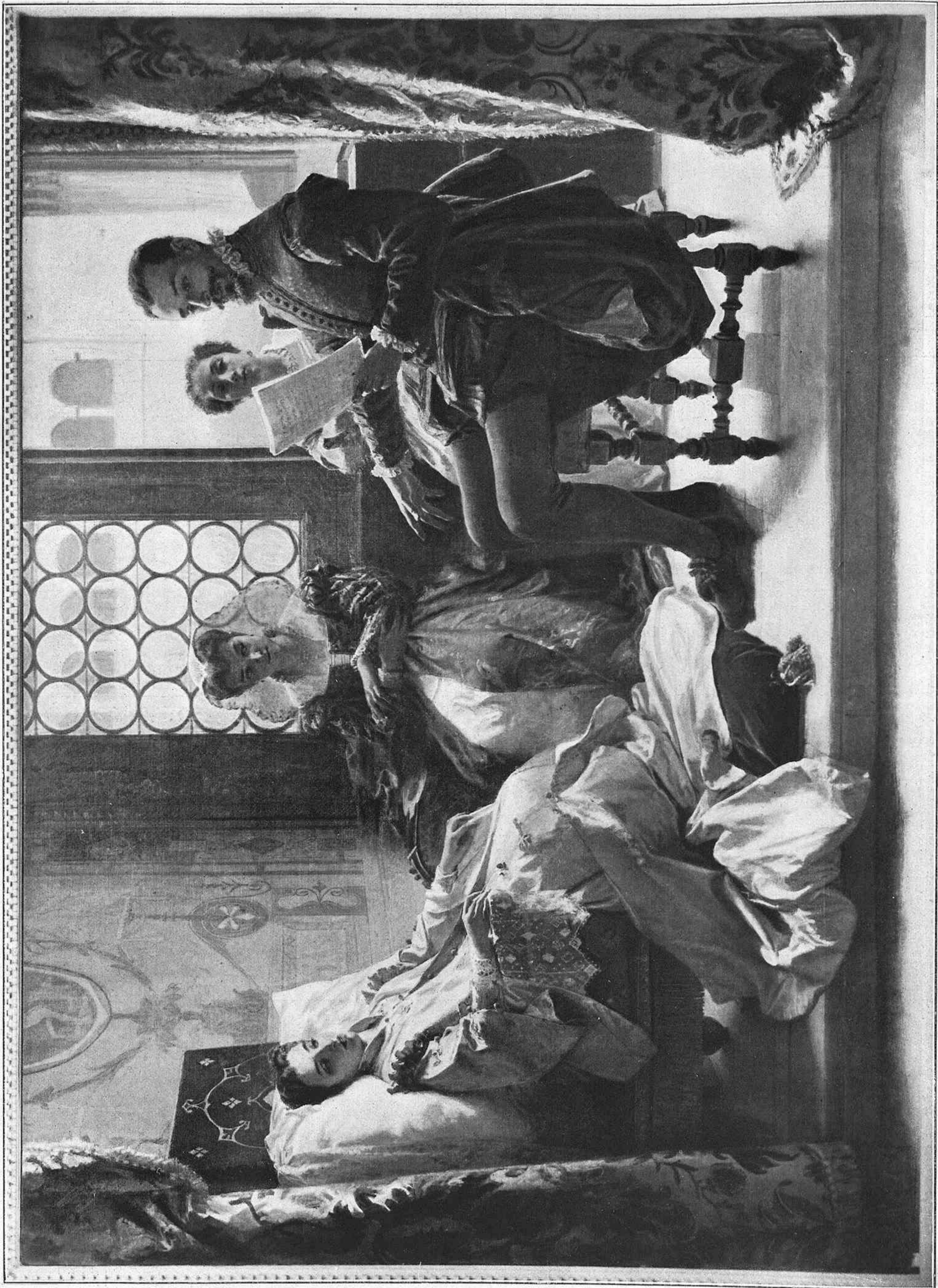
Dos días después, el alto comisario, acompañado del cónsul Sr. Viguri, de los generales Aguilera y Aguado, del secretario general de la residencia Sr. Saavedra, del general Bazán, del ayudante del Rey barón de Casa Davalillos, del Dr. Berenguer, de los intérpretes y de otros personajes, fué al palacio del jalifa para felicitar a éste con motivo de la Pascua. Muley Mehedi los recibió rodeado del gran visir, del



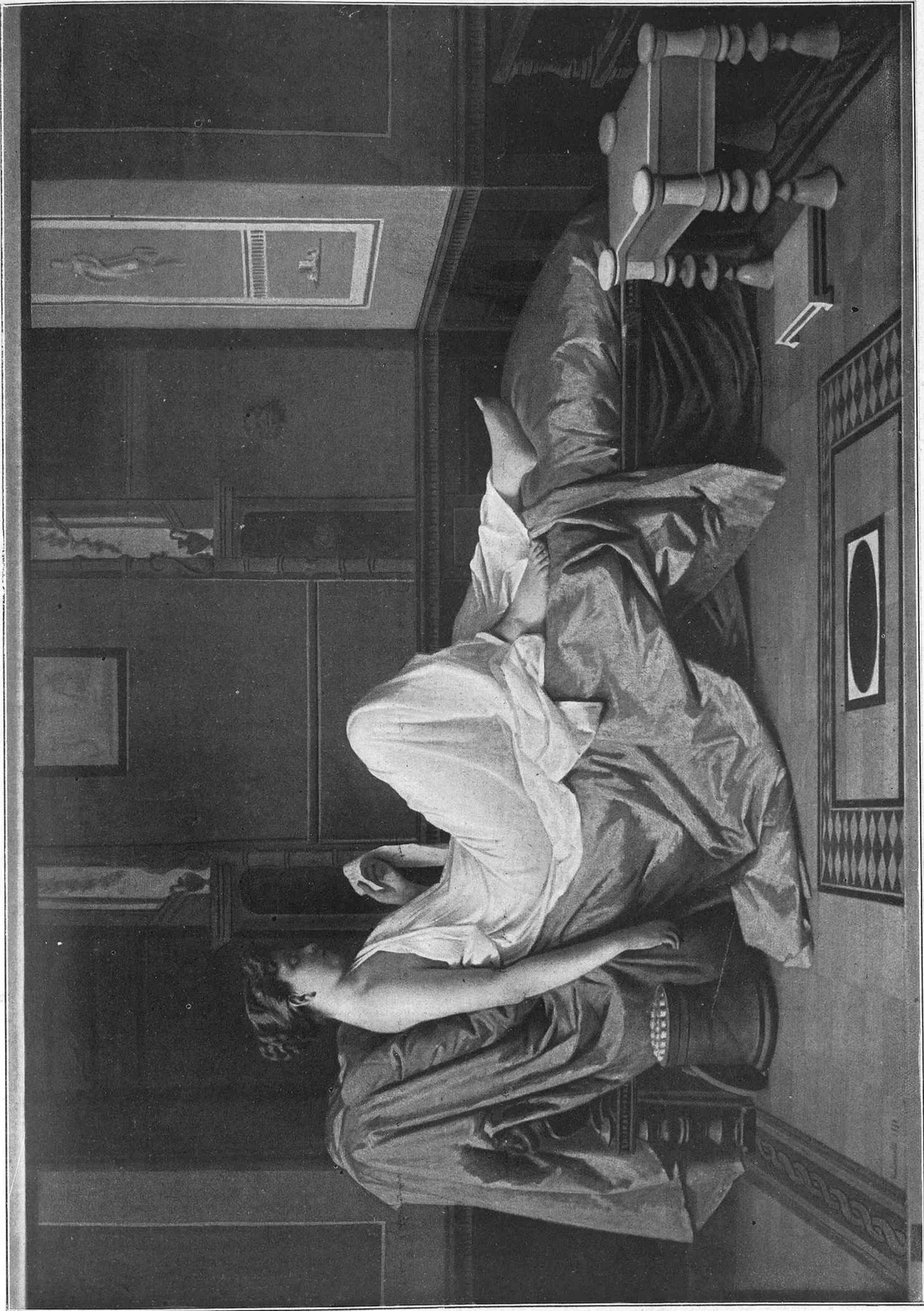
Moros en la Plaza de España esperando el paso de las cofradías

bajá, de los ministros y del introductor de embajadores, y entre él y el general Marina se cambiaron afectuosos discursos.

ROMA - GALERÍA DE ARTE MODERNO



TORCUATO TASSO Y LEONOR DE ESTE, cuadro de Domingo Morelli. (De fotografía de Vassari, remitida por Carlos Abeniacar.)



POMPEYANA, cuadro de Federico Maldarelli. (De fotografía de Vassari, remitida por Carlos Abeniacar.)



Andorra. Homenaje al copríncipe Dr. Benlloch, obispo de la Seo de Urgel. - Aspecto de la plaza de Andorra la Vieja en el acto de descubrir una lápida dedicada al Dr. Benlloch. - El Dr. Benlloch inaugurando las obras de la nueva carretera que ha de poner en comunicación Andorra con Francia. (De fotografías de J. Claverol.)

ANDORRA. - HOMENAJE AL DR. BENLLOCH

Andorra ha obsequiado con grandes fiestas a su príncipe obispo, el Dr. Benlloch, con motivo de la visita pastoral que



S. E. el cardenal Vives y tutó, fallecido en Monte Porzio el día 7 del actual. (Fot. Argus Photo-Reportage.)

éste ha efectuado recientemente a las parroquias de aquellos valles, y en conmemoración del feliz término del primer trozo de la carretera construída en territorio andorrano y que se irá

prolongando hasta unirse con la de Francia. El Dr. Benlloch, obispo de la Seo de Urgel, al tomar posesión del principado de Andorra, extrañado de la falta de vías de comunicación en aquel territorio, ofreció su incondicional apoyo para obtenerlas; y no fueron vanos sus ofrecimientos, puesto que muchos de ellos son actualmente una realidad. En efecto, el día 24 del mes de agosto último se entregó al público el trozo de carretera desde la frontera española hasta San Julián de Loria; y al día siguiente se inauguraron las obras de la que tiene que enlazar con la francesa, en la frontera de Francia, inauguración que presidió el Dr. Benlloch. Los andorranos, agradecidos a los beneficios que su príncipe obispo les ha proporcionado, le han agasajado durante ocho días con festejos entre los cuales han sobresalido las inauguraciones de dos lápidas a él dedicadas, una por Andorra la Vieja y otra por San Julián de Loria.

S. E. EL CARDENAL VIVES Y TUTÓ

El sabio y virtuoso purpurado catalán que el día 7 de este mes falleció en Monte Porzio, cerca de Roma, nació en San Andrés de Llavaneras el día 15 de febrero de 1854, y después de haber estudiado las primeras letras y latinidades en el colegio de las Escuelas Pías de Mataró, ingresó en la Orden capuchina, siendo destinado a San Francisco de Guatemala, en donde tomó el hábito en 1871. Solicitado por el gobierno de California los servicios de los Hijos de San Francisco, fué allí el P. Vives con otros 38 religiosos; pero habiendo enfermado, hubo de regresar a Europa, y en Tolosa de Francia terminó sus estudios de Filosofía e hizo su profesión solemne.

Restablecida su salud y después de explicar Filosofía en el convento de Ceret, marchó, en 1875, al Ecuador; allí enfermó de nuevo y hubo de volver a Europa, siendo al año siguiente ordenado de sacerdote. En 1877 fué profesor de la Escuela Seráfica del convento de Perpignan; en 1878 nombrósele presidente y director de la misma, y en 1879 guardián. Dos años después se instaló con su comunidad y Escuela Seráfica en Igualada, y cuando el P. Bernardo Andermalt fué elegido general de la Orden, el P. Vives fué nombrado secretario de la Curia generalicia de Roma. En 1886 hizo un viaje a las Carolinas; en 1887 fué nombrado consultor del Santo Oficio; en 1889, consultor de la congregación de *Propaganda Fide* de ritos orientales y custodio general de la Provincia de la Madre de Dios, de Aragón; en 1895, visitador de los Capuchinos en España y consultor de la congregación de *Propaganda Fide*, de ritos latinos; en 1894, consultor de la sagrada congregación del Concilio y poco después examinador apostólico del clero romano; en 1895, consultor de la congregación de Negocios

eclesiásticos extraordinarios; en 1896, definidor general de la Orden capuchina; y en 1898 fué designado para formar parte de la comisión encargada de preparar el Concilio plenario de obispos de la América latina.

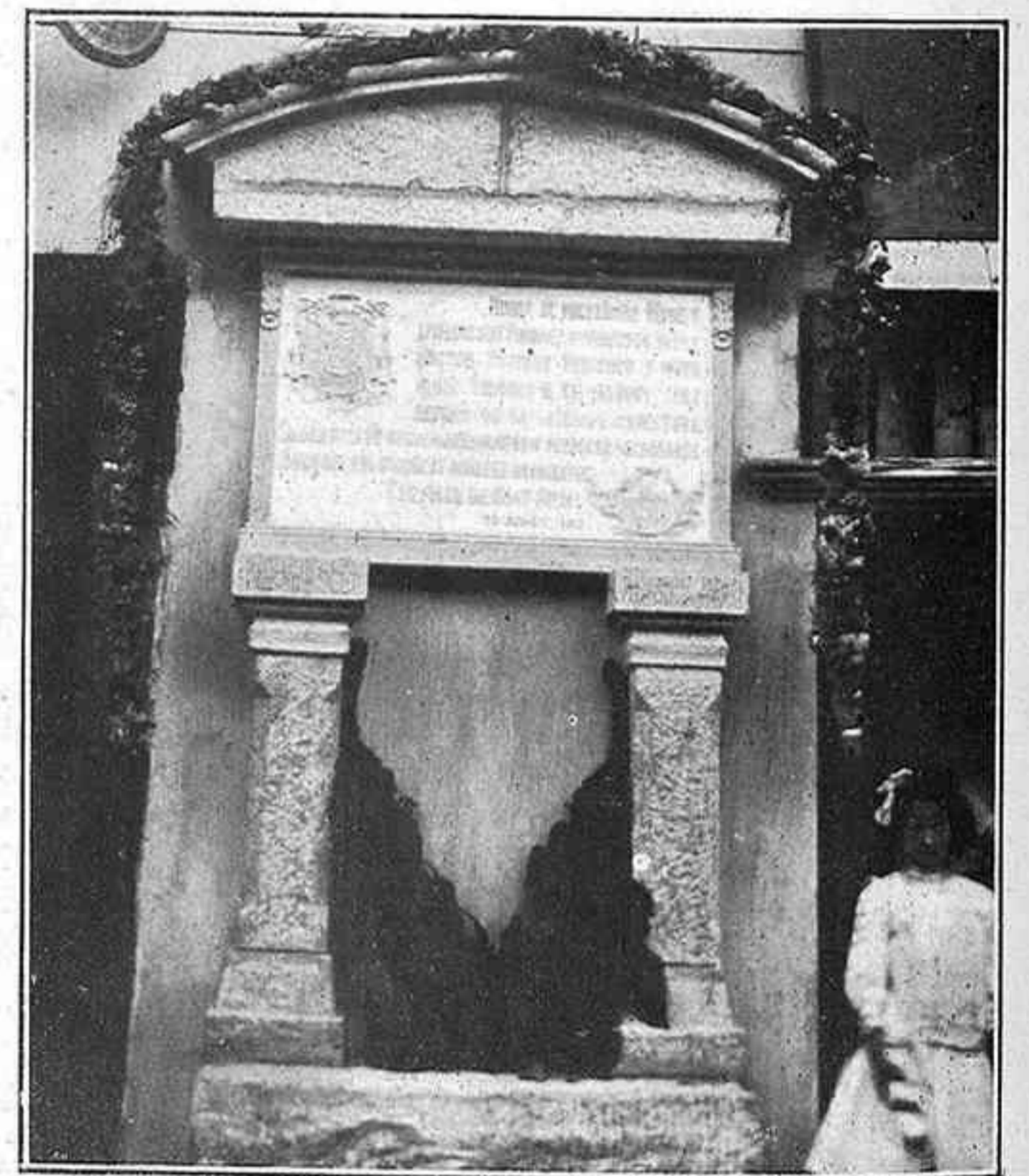
En 19 de julio de 1899 S. S. León XIII le confirió la dignidad cardenalicia y S. S. Pío X le confió la dirección de las Congregaciones romanas, le tenía por confesor y decía de él: «Para mí Vives lo es todo.»

Por su privilegiada inteligencia, por la profundidad y extensión de sus estudios, por sus grandes virtudes, por su laboriosidad infatigable, el cardenal Vives ha sido una de las más prestigiosas figuras del Sacro Colegio. ¡D. E. P.!

MÁLAGA. - UNA FIESTA BENÉFICA

A beneficio de los heridos y enfermos de la guerra celebróse el día 5 del actual en el teatro de Cervantes, de Málaga, una hermosa fiesta. Hubo primero torneo de esgrima, dirigido por los maestros Lancho, Aparicio y Bossini, y terminados los asaltos hizo su entrada en el escenario, a los acordes de una marcha y entre los aplausos de la concurrencia, la reina de la fiesta Srta. María Luisa Encía, acompañada de su corte de amor, que componían las Srtas. Ana Mariscal, Remedios Creixell, Araceli Alarcón, María y Teresa Jiménez, Rafaela Mameily, María y Pepita Flórez, Consuelo Alonso e Inés Cruz.

Leyéronse poesías de Díaz Escovar, Fernández del Villar, Ricardo de León, López Alarcón, Vicente Luque, Arturo Re-



Andorra. - Lápida dedicada por el pueblo de San Julián de Loria al Dr. Benlloch. (De fotografía de J. Claverol.)

yes, Salvador Rueda, Ramón Urbano y Sánchez Rodríguez, que fueron muy aplaudidas. También lo fueron los elocuentes discursos que pronunciaron el alcalde Sr. Madolell y el mantenedor de la fiesta, coronel D. Ricardo Burguete.



Málaga. - Florilegio de poetas malagueños celebrado el 5 del actual en el teatro Cervantes a beneficio de los heridos y enfermos de la guerra. (De fotografía de Castillo.)

La Sal Natural de Sprudel
de
Carlsbad
es la única legítima Sal de

LA HIJA DEL SR. MAHÚ

NOVELA ORIGINAL DE GUSTAVO GUESVILLER. - ILUSTRACIONES DE SIMONT. (CONTINUACIÓN.)

- He ahí como sois todas en la burguesía, prosiguió el primo. Se os educa a no hacer nada útil porque parece que estáis destinadas a casaros con un buen muchacho que deberá trabajar por vosotras. Vuestra carrera, vuestra única profesión es el matrimonio. ¡Y ni siquiera os enseñan a ser mujeres bienhechoras, ni madres sensatas, juiciosas, de buen ejemplo y de buen consejo para los hijos futuros! ¡Ah!, ¡valiente burguesía!.. ¡Si sus hijas tienen la suerte de encontrar el buen muchacho que se casa y asegura el pan, un noventa por ciento de ellas, en vez de mostrarse agradecidas, abusan del pobre muchacho, lo extenuan para el sostenimiento de su lujo estúpido y bárbaro que se manifiesta en forma de collares, sortijas, brazaletes, sombreros grotescos en que su mal gusto salvaje renovado de los Pielos Rojas reúne despojos de animales!.. ¡Muñecas!.. Muñecas que ya en nada se diferencian de esas otras muñecas, antes despreciadas porque no eran más que instrumentos... ¡Ah! ¡Buena está la burguesía!.. ¡Y los hijos que nacen de eso!.. ¡A veces se logra salvar a los varones, pero las hijas!.. A los diez años, imitan ya a la mona de su mamá; a los veinte, con la complicidad imbécil de esta mamá, se vuelven peores que ella. ¡Y así, sucesivamente, y la caída es vertiginosa!.. ¡Valiente educación, vuestra educación burguesa!.. ¡Y si no se presenta el buen muchacho que debe permitirnos vivir en la pereza, en las futilidades y los placeres vanidosos; si no se presenta, ese cajero benévolo!, ¿qué es de la muñeca?.. ¡Se muere de hambre!

- ¡Pero primo, protestó doña Luisa enfadada, ¿quieres decir que la mujer debe trabajar como el marido?

- Si no tanto como él, debe contribuir a las necesidades de la casa y a las necesidades de los hijos.

- ¡Oh!, ¡qué poco galante eres mi querido primo! Las mujeres nunca tuvieron obligación de trabajar.

- Siempre han trabajado, prima, en todos los pueblos y en todas las civilizaciones... ¡Ah!, ¡claro! Ya te veo venir... Estás cegada por las costumbres de vuestra burguesía. Pero vuestra burguesía data de ayer, y, ya podrida, está agonizando... Lo que hay que considerar es el pueblo, la gran masa de que formáis parte, a pesar de vuestras pretensiones. La mujer del pueblo ha trabajado siempre; siempre ha sido capaz de ganarse la vida, y en eso os da una lección de dignidad, a vosotras, las burguesas, que queréis vivir como las mujeres *entretenidas*, cuyos trajes profesionales exageráis aún como exageráis sus inconveniencias y sus costumbres disipadas. Es una indecencia y es una necedad. Sois unas malas pécoras; os imagináis imitar a la vieja nobleza, cuyas hijas es verdad que no trabajaban. Pero la nobleza tenía los conventos para enterrar vivas en ellos a las hijas que no podía vender. Las vuestras crecen en

el desorden de vuestra casa al cual contribuyen, y no podéis darles salida!

Era evidente que el primo Aquiles se complacía

las dos mujeres desconsoladas acababan de alzar hacia él. Y continuó dirigiéndose a madre e hija:

- No soy rico..., ¡oh, no!., ¡disto mucho de serlo!

Pero, al menos, tengo un techo..., un pobre techo..., justo lo necesario para abrigarme contra el rigor de las estaciones... No soy rico..., ¡oh, no!, pero la hucha contendrá pan hasta el fin de mis días, y espero que contendrá bastante para vuestra necesidad... He aquí mi proposición: vended vuestros muebles, no conservéis más que lo estrictamente necesario y veníos las dos a vivir conmigo.

Madre e hija tuvieron una explosión de gratitud.

Doña Luisa hasta creyó deber insistir con su candidez acostumbrada:

- Ciertamente, mi querido primo, eres mucho más bueno de lo que parece... ¿Verdad, Zizi, que el primo Aquiles es?..

- ¡Bah, bah!, interrumpió el primo con rudeza. No tenéis por qué darme las gracias. Soy viejo, vivo solo... Puedo caer enfermo, como mi padre... Me haréis compañía y, si es preciso, me cuidaréis. Ni más ni menos.

Así quedó convenido.

La noticia se divulgó por la población ociosa al mismo tiempo que el anuncio de la venta mobiliaria.

La conducta del primo fué cubierta de elogios, y cada cual tuvo ocasión de poner ventajosamente en evidencia las cualidades generosas de su propio corazón.

Pero los que aprobaban se negaban a admirar. Toda admiración procede, en efecto, de un asombro, y en el presente caso, el asombro hubiera perjudicado a la verosimilitud de la generosidad

que cada cual pretendía atribuirse, en las barbas del respectivo vecino.

Jactarse y, al mismo tiempo, humillar a su semejante, ¿no es la razón misma de vivir en los pueblos imbuidos en devoción, ociosidad y malevolencia?

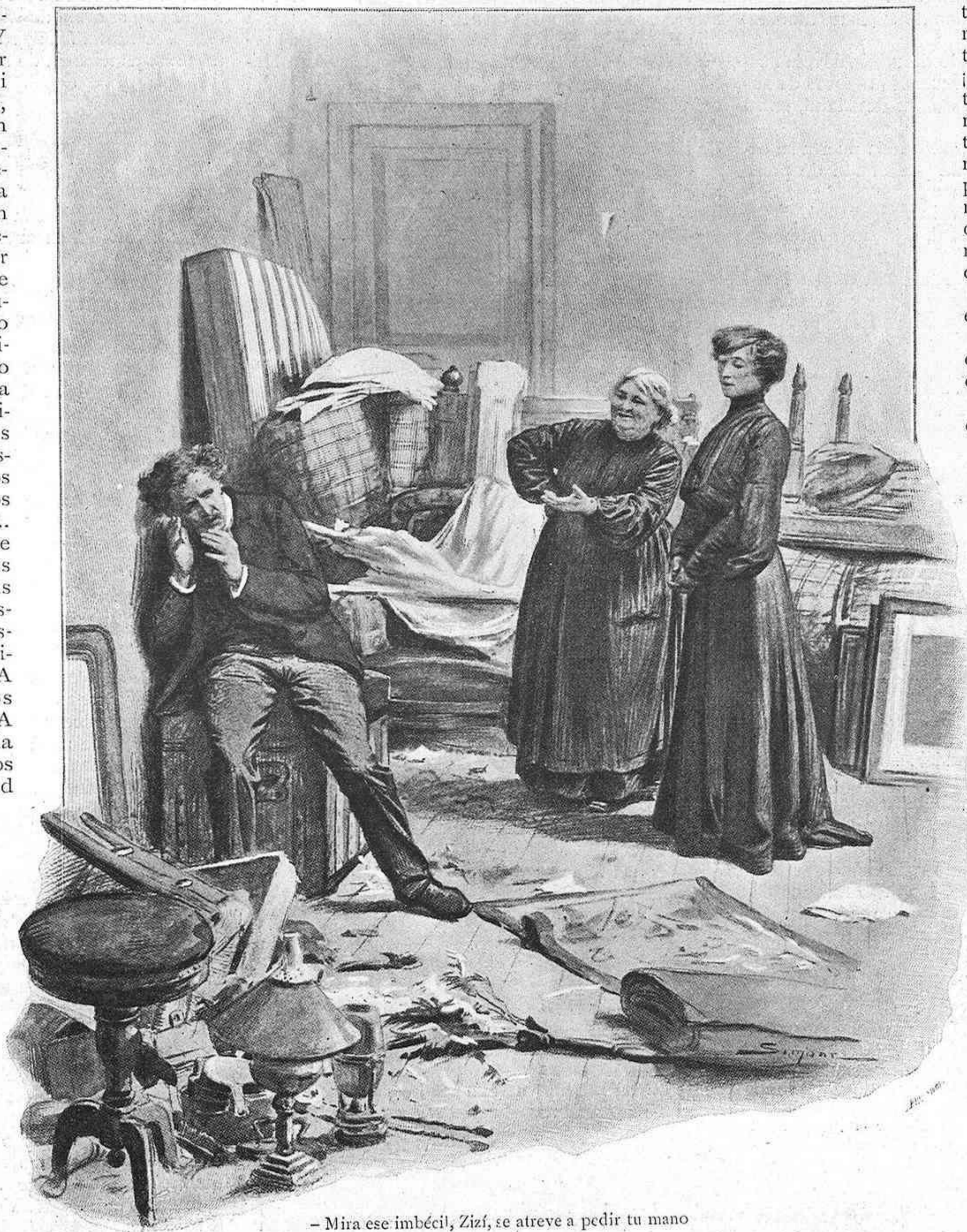
No admiraban pues la conducta del primo Aquiles, porque se quería dar a entender que aquella conducta era muy natural y que, en su lugar, cada uno hubiera hecho lo mismo.

Y, en medio, de esas palabras edificantes, todas aquellas excelentes personas sórdidas que sacaban aceite de una piedra y pedían cambio de un maravedí, interesadas por la venta mobiliaria, se deleitaban a la idea secreta de comprar «por nada» los despojos de las pobres mujeres.

En la mañana del día fijado para la venta, mientras el subastador levantaba en el exterior de la casa la tienda tradicional y la señora de Mahú, sola con el Arquímedes bilioso, le rendía un culto admirativo, sonó la campanilla en el corredor.

Un campanillazo ligero, tímido.

«Será un pobre», pensó doña Luisa yendo a abrir.



- Mira ese imbécil, Zizi, se atreve a pedir tu mano

en lanzar esta diatriba. Rencoroso, reembolsaba con usura las humillantes acusaciones que la señora de Mahú le había dirigido días antes y hacía blanco de su sátira violenta a la consternada viuda.

Apartando los ojos vió a Sofia, tan sencilla en su traje negro, ¡tan profundamente afligida! En seguida tuvo conciencia de lo que había de particularmente injusto respecto a la muchacha en sus críticas generalizadas.

- Claro es que no digo esto para ti, Sofia, dijo el primo dulcificando su voz. Veo muy bien que eres una buena y honrada joven y que de buena gana te pondrías animosamente a trabajar.

- ¡Ay, primo!, volvió a repetir ella; ¡pero si nada sé, nada puedo!

Entonces Aquiles pareció conmovido.

Se levantó, se acercó a la muchacha y le cogió la mano afectuosamente.

- Vamos, no te desalientes de este modo. Las cosas pueden arreglarse fácilmente.

Volvió a sentarse con sus naturales precauciones y examinó atentamente las caras de esperanza que

— ¡Calla! ¿Es usted, Sr. Drillard? De pronto no le conocía, ¡tan bien vestido!

Era Drillard, vestido de negro, de pies a cabeza, como si viniera de una boda o de un entierro.

En vez de su inseparable gorra, daba vueltas en sus manos a un reluciente sombrero de copa.

Dijo muy de prisa, como un escolar que recita la lección, que deseaba el honor de una entrevista particular con la señora de Mahú, pero que... (y aquí la volubilidad redobló) si la señora de Mahú estaba ocupada, volvería a la hora que la señora de Mahú tuviese a bien indicarle.

E, instintivamente, su cuerpecito flexible dió media vuelta, mientras sus ojos ágiles inspeccionaban la calle como si temiera que le cortasen la retirada.

Doña Luisa le invitó a entrar en el gabinete del difunto donde habían sido amontonados los muebles substraídos a la venta.

El hombrecito, sorprendido de tan benévola acogida y perseguido por los recuerdos rugosos de sus relaciones anteriores con la señora de Mahú, entró prudentemente.

Estremecióse de miedo al oír que la puerta se cerraba tras él, destruyendo toda posibilidad de pronta huida.

Haciendo un esfuerzo de voluntad, avanzó.

— Siéntese usted, Sr. Drillard, dijo lánguidamente la viuda.

Él se puso colorado y protestó que nunca haría tal cosa. Como la viuda insistiera, el hombre presintió una borrasca y se sentó precipitadamente en el borde de un baúl.

Luego dijo, buscando las palabras:

— Señora..., dicen que la señora va a dejarnos.

— Sí, Sr. Drillard, vamos a vivir en la...

Vaciló un instante, con la mirada vaga. Estuvo a punto de decir:

«En la quinta de mi primo.»

Y sonrió afectuosamente a aquella quinta imaginaria. Pero no se atrevió a «realizar» en seguida aquel hermoso sueño y, por el momento, se contentó con un término menos preciso:

— Vamos a vivir en la finca de mi primo.

— ¿Dicen que se van ustedes mañana?

— Sí, Sr. Drillard, mañana por la noche ya no estaremos aquí.

— Sí, señora, mañana por la noche, está usted en lo cierto, y eso es en efecto lo que dicen. Entonces, yo venía a dar a usted las buenas noches, señora, a usted y a la señorita...

Fija la mirada en Arquímedes, la buena señora escuchaba con paciencia. Drillard dió furiosamente vuelta a su chistera y contempló el forro de seda verde. Encontrando otra vez su volubilidad, recitó sin levantar los ojos:

— Señora, yo cumpliré treinta y dos años por Reyes. Nunca he estado enfermo. No bebo nunca más que sidra aguada, y no fumo ni tomo rapé. Además de mi comercio, que me produce un año con otro de mil quinientos a dos mil francos, cubiertos los gastos, poseo algunos ahorros y una pequeña renta que heredé de mi madre.

En esto se levantó, saludó y oblicuó hacia la puerta como si estimase haber dicho todo lo que tenía que decir.

— ¿Y bien?, preguntó doña Luisa. ¿Por qué me hace usted esas confidencias, Sr. Drillard?

El carpintero se detuvo:

— ¿Por qué?... ¡Ah, sí, es verdad!..

Se dió una palmada en la frente, como persona distraída que se da cuenta de un olvido.

— Señora, dijo.

Consultó otra vez el forro del sombrero y se inclinó ceremoniosamente.

— Señora, ahora que usted me conoce y sabe lo que valgo en la plaza, tanto en punto a dinero como en punto a probidad y buenas costumbres, yo..., yo celebraría que la señorita consintiese en ser mi esposa.

— ¿Eh? ¿Cómo?, exclamó doña Luisa irguiendo su majestad encolerizada.

Fué la última sublevación de la buena señora; y fué también la más sonora y la más abundante.

La mujer del Sr. Mahú se vengó cruelmente de los reproches que la hija del «comerciante en productos alimenticios» no cesaba de infligirle.

El infortunado Drillard, en tal circunstancia, representó el mísero papel del chivo bístico que Israel cargaba de todas sus iniquidades, y tuvo que asumir todos los desdenes que la esposa del Sr. Mahú no se atrevía a echar sobre su humilde origen.

¡Ah!, aquello era el colmo de la desfachatez. Aquella proposición incongruente, infamante, estúpida, inimaginable, era el colmo de los colmos. Si Dios no la contiene, la señora de Mahú iba a estallar!

Asustado del fracaso, Drillard, vacilante, iba acer-

cándose a la puerta. Pero la viuda se le echó encima, le cogió por el chaleco demasiado ancho, y manteniéndole frente a frente con la indignación que le hacía echar espuma por la boca, gritó:

— ¡Le prohibo a usted que se vaya! Le mando que se quede, ¿oye usted?, ¡se lo mando yo!..

Y, a cada exclamación, sacudía rudamente al pobre hombre.

— ¡Ah! ¿Se figura usted poder venir impunemente a injuriar a las personas en su casa y largarse luego sin esperar que le devuelvan la pelota? No, no, no.

— ¿Yo injuriar a usted?, protestó Drillard.

— ¡Sí, y de la peor manera! ¿Cómo? Porque el señor Mahú ha muerto víctima de la ciencia y mi Zizi y yo nos encontramos en una situación difícil, usted se atreve, usted, carpinterillo de tres al cuarto, se atreve a venir a pedir la mano de mi hija..., ¡de la hija del Sr. Mahú!.. No, la hija del Sr. Mahú no puede descender al extremo de llamarse la señora Drillard... ¡Vaya un nombre!.. ¡La hija del Sr. Mahú convertida en tendera!.. ¡Y en qué tienda!.., ¡en la de usted, Drillard!.. ¡No, repito que eso es el colmo de los colmos.

— Señora, insinuó el carpintero, mientras la viuda recobraba aliento, señora, sabe Dios que yo soy un hombre honrado y que...

— Calle usted, y no invoque el santo nombre de Dios, ¡no vaya a castigarle al instante arrancándole la lengua!.. No, usted no es un hombre honrado. ¿Se hubiera usted atrevido a pedir la mano de la hija del Sr. Mahú, si el Sr. Mahú viviese todavía y nadásemos en el bienestar y en la consideración de este nombre respetado? ¿Se hubiera usted atrevido? ¡No! ¡Por consiguiente, si hoy se atreve usted a hacerlo es porque somos desgraciadas y es la acción de un ente vil, cobarde y sin corazón!..

— Señora, insinuó el carpintero, mientras la viuda recobraba aliento, señora, sabe Dios que yo soy un hombre honrado y que...

— Calle usted, y no invoque el santo nombre de Dios, ¡no vaya a castigarle al instante arrancándole la lengua!.. No, usted no es un hombre honrado. ¿Se hubiera usted atrevido a pedir la mano de la hija del Sr. Mahú, si el Sr. Mahú viviese todavía y nadásemos en el bienestar y en la consideración de este nombre respetado? ¿Se hubiera usted atrevido? ¡No! ¡Por consiguiente, si hoy se atreve usted a hacerlo es porque somos desgraciadas y es la acción de un ente vil, cobarde y sin corazón!..

— Señora, insinuó el carpintero, mientras la viuda recobraba aliento, señora, sabe Dios que yo soy un hombre honrado y que...

— Calle usted, y no invoque el santo nombre de Dios, ¡no vaya a castigarle al instante arrancándole la lengua!.. No, usted no es un hombre honrado. ¿Se hubiera usted atrevido a pedir la mano de la hija del Sr. Mahú, si el Sr. Mahú viviese todavía y nadásemos en el bienestar y en la consideración de este nombre respetado? ¿Se hubiera usted atrevido? ¡No! ¡Por consiguiente, si hoy se atreve usted a hacerlo es porque somos desgraciadas y es la acción de un ente vil, cobarde y sin corazón!..

— Calle usted, y no invoque el santo nombre de Dios, ¡no vaya a castigarle al instante arrancándole la lengua!.. No, usted no es un hombre honrado. ¿Se hubiera usted atrevido a pedir la mano de la hija del Sr. Mahú, si el Sr. Mahú viviese todavía y nadásemos en el bienestar y en la consideración de este nombre respetado? ¿Se hubiera usted atrevido? ¡No! ¡Por consiguiente, si hoy se atreve usted a hacerlo es porque somos desgraciadas y es la acción de un ente vil, cobarde y sin corazón!..

— Calle usted, y no invoque el santo nombre de Dios, ¡no vaya a castigarle al instante arrancándole la lengua!.. No, usted no es un hombre honrado. ¿Se hubiera usted atrevido a pedir la mano de la hija del Sr. Mahú, si el Sr. Mahú viviese todavía y nadásemos en el bienestar y en la consideración de este nombre respetado? ¿Se hubiera usted atrevido? ¡No! ¡Por consiguiente, si hoy se atreve usted a hacerlo es porque somos desgraciadas y es la acción de un ente vil, cobarde y sin corazón!..

— Calle usted, y no invoque el santo nombre de Dios, ¡no vaya a castigarle al instante arrancándole la lengua!.. No, usted no es un hombre honrado. ¿Se hubiera usted atrevido a pedir la mano de la hija del Sr. Mahú, si el Sr. Mahú viviese todavía y nadásemos en el bienestar y en la consideración de este nombre respetado? ¿Se hubiera usted atrevido? ¡No! ¡Por consiguiente, si hoy se atreve usted a hacerlo es porque somos desgraciadas y es la acción de un ente vil, cobarde y sin corazón!..

— Calle usted, y no invoque el santo nombre de Dios, ¡no vaya a castigarle al instante arrancándole la lengua!.. No, usted no es un hombre honrado. ¿Se hubiera usted atrevido a pedir la mano de la hija del Sr. Mahú, si el Sr. Mahú viviese todavía y nadásemos en el bienestar y en la consideración de este nombre respetado? ¿Se hubiera usted atrevido? ¡No! ¡Por consiguiente, si hoy se atreve usted a hacerlo es porque somos desgraciadas y es la acción de un ente vil, cobarde y sin corazón!..

— Calle usted, y no invoque el santo nombre de Dios, ¡no vaya a castigarle al instante arrancándole la lengua!.. No, usted no es un hombre honrado. ¿Se hubiera usted atrevido a pedir la mano de la hija del Sr. Mahú, si el Sr. Mahú viviese todavía y nadásemos en el bienestar y en la consideración de este nombre respetado? ¿Se hubiera usted atrevido? ¡No! ¡Por consiguiente, si hoy se atreve usted a hacerlo es porque somos desgraciadas y es la acción de un ente vil, cobarde y sin corazón!..

— Calle usted, y no invoque el santo nombre de Dios, ¡no vaya a castigarle al instante arrancándole la lengua!.. No, usted no es un hombre honrado. ¿Se hubiera usted atrevido a pedir la mano de la hija del Sr. Mahú, si el Sr. Mahú viviese todavía y nadásemos en el bienestar y en la consideración de este nombre respetado? ¿Se hubiera usted atrevido? ¡No! ¡Por consiguiente, si hoy se atreve usted a hacerlo es porque somos desgraciadas y es la acción de un ente vil, cobarde y sin corazón!..

— Calle usted, y no invoque el santo nombre de Dios, ¡no vaya a castigarle al instante arrancándole la lengua!.. No, usted no es un hombre honrado. ¿Se hubiera usted atrevido a pedir la mano de la hija del Sr. Mahú, si el Sr. Mahú viviese todavía y nadásemos en el bienestar y en la consideración de este nombre respetado? ¿Se hubiera usted atrevido? ¡No! ¡Por consiguiente, si hoy se atreve usted a hacerlo es porque somos desgraciadas y es la acción de un ente vil, cobarde y sin corazón!..

— Calle usted, y no invoque el santo nombre de Dios, ¡no vaya a castigarle al instante arrancándole la lengua!.. No, usted no es un hombre honrado. ¿Se hubiera usted atrevido a pedir la mano de la hija del Sr. Mahú, si el Sr. Mahú viviese todavía y nadásemos en el bienestar y en la consideración de este nombre respetado? ¿Se hubiera usted atrevido? ¡No! ¡Por consiguiente, si hoy se atreve usted a hacerlo es porque somos desgraciadas y es la acción de un ente vil, cobarde y sin corazón!..

— Calle usted, y no invoque el santo nombre de Dios, ¡no vaya a castigarle al instante arrancándole la lengua!.. No, usted no es un hombre honrado. ¿Se hubiera usted atrevido a pedir la mano de la hija del Sr. Mahú, si el Sr. Mahú viviese todavía y nadásemos en el bienestar y en la consideración de este nombre respetado? ¿Se hubiera usted atrevido? ¡No! ¡Por consiguiente, si hoy se atreve usted a hacerlo es porque somos desgraciadas y es la acción de un ente vil, cobarde y sin corazón!..

— Calle usted, y no invoque el santo nombre de Dios, ¡no vaya a castigarle al instante arrancándole la lengua!.. No, usted no es un hombre honrado. ¿Se hubiera usted atrevido a pedir la mano de la hija del Sr. Mahú, si el Sr. Mahú viviese todavía y nadásemos en el bienestar y en la consideración de este nombre respetado? ¿Se hubiera usted atrevido? ¡No! ¡Por consiguiente, si hoy se atreve usted a hacerlo es porque somos desgraciadas y es la acción de un ente vil, cobarde y sin corazón!..

— Calle usted, y no invoque el santo nombre de Dios, ¡no vaya a castigarle al instante arrancándole la lengua!.. No, usted no es un hombre honrado. ¿Se hubiera usted atrevido a pedir la mano de la hija del Sr. Mahú, si el Sr. Mahú viviese todavía y nadásemos en el bienestar y en la consideración de este nombre respetado? ¿Se hubiera usted atrevido? ¡No! ¡Por consiguiente, si hoy se atreve usted a hacerlo es porque somos desgraciadas y es la acción de un ente vil, cobarde y sin corazón!..

— Calle usted, y no invoque el santo nombre de Dios, ¡no vaya a castigarle al instante arrancándole la lengua!.. No, usted no es un hombre honrado. ¿Se hubiera usted atrevido a pedir la mano de la hija del Sr. Mahú, si el Sr. Mahú viviese todavía y nadásemos en el bienestar y en la consideración de este nombre respetado? ¿Se hubiera usted atrevido? ¡No! ¡Por consiguiente, si hoy se atreve usted a hacerlo es porque somos desgraciadas y es la acción de un ente vil, cobarde y sin corazón!..

— Calle usted, y no invoque el santo nombre de Dios, ¡no vaya a castigarle al instante arrancándole la lengua!.. No, usted no es un hombre honrado. ¿Se hubiera usted atrevido a pedir la mano de la hija del Sr. Mahú, si el Sr. Mahú viviese todavía y nadásemos en el bienestar y en la consideración de este nombre respetado? ¿Se hubiera usted atrevido? ¡No! ¡Por consiguiente, si hoy se atreve usted a hacerlo es porque somos desgraciadas y es la acción de un ente vil, cobarde y sin corazón!..

— Calle usted, y no invoque el santo nombre de Dios, ¡no vaya a castigarle al instante arrancándole la lengua!.. No, usted no es un hombre honrado. ¿Se hubiera usted atrevido a pedir la mano de la hija del Sr. Mahú, si el Sr. Mahú viviese todavía y nadásemos en el bienestar y en la consideración de este nombre respetado? ¿Se hubiera usted atrevido? ¡No! ¡Por consiguiente, si hoy se atreve usted a hacerlo es porque somos desgraciadas y es la acción de un ente vil, cobarde y sin corazón!..

— Calle usted, y no invoque el santo nombre de Dios, ¡no vaya a castigarle al instante arrancándole la lengua!.. No, usted no es un hombre honrado. ¿Se hubiera usted atrevido a pedir la mano de la hija del Sr. Mahú, si el Sr. Mahú viviese todavía y nadásemos en el bienestar y en la consideración de este nombre respetado? ¿Se hubiera usted atrevido? ¡No! ¡Por consiguiente, si hoy se atreve usted a hacerlo es porque somos desgraciadas y es la acción de un ente vil, cobarde y sin corazón!..

— Calle usted, y no invoque el santo nombre de Dios, ¡no vaya a castigarle al instante arrancándole la lengua!.. No, usted no es un hombre honrado. ¿Se hubiera usted atrevido a pedir la mano de la hija del Sr. Mahú, si el Sr. Mahú viviese todavía y nadásemos en el bienestar y en la consideración de este nombre respetado? ¿Se hubiera usted atrevido? ¡No! ¡Por consiguiente, si hoy se atreve usted a hacerlo es porque somos desgraciadas y es la acción de un ente vil, cobarde y sin corazón!..

— Calle usted, y no invoque el santo nombre de Dios, ¡no vaya a castigarle al instante arrancándole la lengua!.. No, usted no es un hombre honrado. ¿Se hubiera usted atrevido a pedir la mano de la hija del Sr. Mahú, si el Sr. Mahú viviese todavía y nadásemos en el bienestar y en la consideración de este nombre respetado? ¿Se hubiera usted atrevido? ¡No! ¡Por consiguiente, si hoy se atreve usted a hacerlo es porque somos desgraciadas y es la acción de un ente vil, cobarde y sin corazón!..

— Calle usted, y no invoque el santo nombre de Dios, ¡no vaya a castigarle al instante arrancándole la lengua!.. No, usted no es un hombre honrado. ¿Se hubiera usted atrevido a pedir la mano de la hija del Sr. Mahú, si el Sr. Mahú viviese todavía y nadásemos en el bienestar y en la consideración de este nombre respetado? ¿Se hubiera usted atrevido? ¡No! ¡Por consiguiente, si hoy se atreve usted a hacerlo es porque somos desgraciadas y es la acción de un ente vil, cobarde y sin corazón!..

— Calle usted, y no invoque el santo nombre de Dios, ¡no vaya a castigarle al instante arrancándole la lengua!.. No, usted no es un hombre honrado. ¿Se hubiera usted atrevido a pedir la mano de la hija del Sr. Mahú, si el Sr. Mahú viviese todavía y nadásemos en el bienestar y en la consideración de este nombre respetado? ¿Se hubiera usted atrevido? ¡No! ¡Por consiguiente, si hoy se atreve usted a hacerlo es porque somos desgraciadas y es la acción de un ente vil, cobarde y sin corazón!..

— Calle usted, y no invoque el santo nombre de Dios, ¡no vaya a castigarle al instante arrancándole la lengua!.. No, usted no es un hombre honrado. ¿Se hubiera usted atrevido a pedir la mano de la hija del Sr. Mahú, si el Sr. Mahú viviese todavía y nadásemos en el bienestar y en la consideración de este nombre respetado? ¿Se hubiera usted atrevido? ¡No! ¡Por consiguiente, si hoy se atreve usted a hacerlo es porque somos desgraciadas y es la acción de un ente vil, cobarde y sin corazón!..

— Calle usted, y no invoque el santo nombre de Dios, ¡no vaya a castigarle al instante arrancándole la lengua!.. No, usted no es un hombre honrado. ¿Se hubiera usted atrevido a pedir la mano de la hija del Sr. Mahú, si el Sr. Mahú viviese todavía y nadásemos en el bienestar y en la consideración de este nombre respetado? ¿Se hubiera usted atrevido? ¡No! ¡Por consiguiente, si hoy se atreve usted a hacerlo es porque somos desgraciadas y es la acción de un ente vil, cobarde y sin corazón!..

llaba menos frío, menos solo, y la vida, por eso mismo, le parecía menos fastidiosa, menos limitada a la mediocridad de las ocupaciones cotidianas.

Varias veces, oculta detrás de los visillos, miró el pequeño taller del carpintero. Luego tomó gusto — un gusto serio, importante y como cargado de responsabilidad moral — en mirarse al espejo. Y, recogida, veía en su reflejo crecer la importancia de su personalidad nueva.

Aunque no practicaba la vanidad ridícula y feroz de su madre, Sofía no hubiera experimentado ninguna alegría en casarse con el carpinterito. Su satisfacción era de orden más general. ¡Por fin, era amada, deseada, y ella lo sabía! Por fin empezaba a desempeñar una parte de su misión terrestre, un deseo se había fijado en ella! Olvidada de los hombres hasta aquel día, criatura de carne hecha para provocar el deseo, se sentía feliz y altiva sencillamente porque al fin tenía conciencia de ser menos inútil en la tierra.

VII

¡Ah!, ¡qué cotidiana es la vida!

JULIO LAFORGUE.

Sofía se durmió con aquella feliz disposición de espíritu: volvió a encontrarla al despertar, a la mañana siguiente, y experimentó una alegría de muchacha. Sonreía con el corazón a la existencia porque veía que la existencia le sonreía a ella y alegremente reanudó los pequeños trabajos del día.

Sin embargo, aunque no dejaba tras sí cosa alguna que fuese apta para causar pena, no se halló exenta del obscuro dolor de la transplatación, porque, luminosos o sombríos, los años marcan en nosotros sus huellas con igual indiferencia. Tanto si es la de la alegría como la del dolor, la costumbre nos hace echar raíces con la misma fuerza y, salvo en el candor de nuestra juventud, cada partida, al mojonar la distancia irreparablemente recorrida, nos convida al duelo de los días que no volveremos a vivir.

¡Pero en la señorita Mahú, esa desagradable impresión duró poco. Sofía encontró sin esfuerzo la fe ingenua de su fresca juventud, abolió el pasado desabrido y, al borde de la madurez, hizo al desconocido porvenir la ardiente acogida de la esperanza.

En frente, el carpinterito trabajaba sin levantar la cabeza. Sofía creyó distinguir que tenía los ojos encarnados. Entonces compadeció sinceramente al pobre hombre que sufría por ella y se entristeció con deleite de su propia compasión. Se complació en desear que el destino reservase un consuelo a aquel amor desgraciado, se imaginó a Drillard casado, padre de familia y no conservando de ella más que un recuerdo melancólico pero imperecedero.

Esos cuadros de intimidad le hicieron verter dulces lágrimas; se enterneció con piedad y dió las gracias al cielo por haberle dado un alma tan generosa.

Sofía soportó con la misma serenidad indulgente todos los disgustos de la partida, y las brusquedades del primo Aquiles, y la incuria agitada y embarazosa de su madre, y el interminable viaje incómodo, a sacudidas, en esos trenes llamados de interés local que no ruedan mucho más aprisa que las malas diligencias y, so pretexto de maniobras, estacionan indefinidamente en las estaciones perdidas en medio de los campos.

Después de ese penoso transporte por vía férrea, hubo que soportar otro en carricoche para llegar al humilde pueblo en que vivía el primo... Estaba situado en la meseta del Vexin y, a la caída de la tarde, bajo una llovizna glacial, el vehículo efectuó a pasos contados la ascensión de la colina.

Después, rodaron en la obscuridad, y, de trecho en trecho, con una regularidad irritante, surgían, a la luz de los faroles del carricoche siluetas de manzanos.

El primo y el cochero cambiaban frases consternadas sobre la excepcional dureza de los tiempos y la escasez de las manzanas. El primo emitió la hipótesis de que, si aquello continuaba, la sidra vendría a ser bebida de lujo y se tendría que beber agua.

Esto diciendo el primo suspiró, y su aliento despedió un fuerte olor de *absenta*. El cochero abundó en el sentido pesimista de Aquiles: por su parte exhalaba vapores de *amer-curaçao*.

Por fin el primo declaró:

— ¡Ya hemos llegado!

Sofía miró curiosamente el lugar donde iban a anidar en lo sucesivo sus confusas esperanzas. No distinguió más que un intenso resplandor rojo que bailaba en la carretera.

— Es la fragua de Hamel, el herrador, explicó el primo.

Con el frío y en la noche, aquel fuego adquiría una significación jovial, y, de la hornaza, salía un

claro repiqueteo que parecía precisamente la voz de aquella alegría.

Sofía divisó un joven de pie en las llamas, como un demonio, que batía el hierro incandescente.

Su camisa arremangada y desabrochada dejaba ver unos robustos brazos y un pecho velludo.

La muchacha bajó púdicamente los ojos como le habían enseñado que lo hiciera ante los espectáculos inmodestos. La herrería le gustaba mucho, pero estimó que era una lástima que contuviese un herrero.

Sin embargo, Sofía frisaba ya en los treinta; pero en provincias sobre todo, no hay edad para las doncellas; las hay casi centenarias que se sonrojan todavía en las arrugas y bajan púdicamente los ojos que ya no ven.

Y esa alarma reprobadora proviene de que un hombre se precisa un poco en presencia de ellas!

Es admirable la ingeniosidad de esa educación que se aplica a alejar todo lo posible las muchachas del fin más preciso para el cual fueron creadas.

A poca distancia de la herrería, una puerta de cristales despedía una tenue luz. El carricoche paró. El primo hizo penetrar las dos mujeres en una miserable posada en que estaban sentados a la mesa unos hombres rudos y bulliciosos.

— Como no hay nada preparado en mi casa, dijo Aquiles, comeremos aquí esta noche.

Aunque asqueada, doña Luisa comió con muy buen apetito. Acostumbrada a darse buen trato, sufría a causa de la mala comida y sobre todo al ver que sobre la mesa no había más bebida que una botella de agua turbia. El primo probaba anticipadamente la veracidad de su hipótesis.

Terminada la comida, el hombre se levantó, anunciando que tenía que hablar con el amo de asuntos particulares e invitó a sus compañeras a que tuviesen paciencia.

Seguido del posadero, Aquiles se metió en una salita cuya puerta fué discretamente cerrada.

Doña Luisa aprovechó el momento para exhalar sus gemidos.

— ¡Mi pobre Zizi!, ¡qué desgraciadas somos!

Sofía replicó suavemente:

— Aun podríamos serlo más.

— Es verdad... ¡Dios mío!.. ¡Pobre Mahú!.. ¡Si nos viésemos!

La muchacha reprimió un gesto de impaciencia y la interjección favorita de su padre silbó entre sus labios:

— ¡Chiiiiit!..

El amo acababa de salir del saloncito, omitiendo cerrar del todo la puerta. Por la abertura, la muchacha vió al primo Aquiles que, sentado a una mesa, delante de una humeante taza de café, vertía en ella una copiosa cantidad de coñac.

Sofía sintióse el corazón oprimido por un cruel presentimiento. Calló. Inclínose bajo la resignación y repitió en voz baja:

— ¡Podríamos ser mucho más desgraciadas!

El alojamiento casi fué digno de aquella miserable cena.

El primo ocupaba, casi delante de la posada, una casa minúscula compuesta, en la planta baja, de una pieza relativamente grande que hacía las veces de salón y comedor. De ella se pasaba a una cocina que daba acceso a una coladuría. El primer piso repetía esta disposición. La habitación grande estaba reservada al primo, quien alojó a sus parientas en las dos piezas pequeñas que correspondían a la cocina y a la coladuría.

— Os instalaréis aquí, pero mientras llegan vuestros muebles, tendréis que contentaros con un colchón en el suelo.

No había nada que decir, puesto que Aquiles quitó el colchón de su propia cama.

Doña Luisa, tentada por la alta y ancha cama del primo, expresó su desilusión con una larga mueca. Acostada al lado de su hija, murmuró:

— ¿No hubiera podido ofrecer su cama a dos débiles mujeres como nosotras? Hija mía, quizás me equivoque... y ¡Dios me guarde de hacer un juicio temerario!.., pero se me figura que ese Aquiles es un egoísta.

La recomendación del Sr. Mahú silbó de nuevo en los labios de la muchacha:

— ¡Chiiiiit!, mamá, está ahí, muy cerca...

Y añadió:

— Si nuestro primo fuese un egoísta ¿nos tomaría a su cargo? Es viejo y tiene sus costumbres.

Doña Luisa no tardó en gozar del olvido de sus miserias. La buena señora, en efecto, se dormía con facilidad y tenía un sueño de inocente, que rodeaba de un gran tumulto de ronquidos como para intimidar a los perturbadores.

Al lado, el viejo Aquiles dormía mal, a sofrenadas estruendosas cuyo ruido le despertaba. Entonces se

quejaba de sus insomnios y repetía lamentables bostezos. Molestada por tan bronco concierto, Sofía no pudo dormirse hasta una hora muy avanzada de la noche.

El sol, entrando por una ventana desprovista de postigos y cortinas, llamó a la joven a la dura realidad. Pero su alma había encontrado tal frescura que aquella mañana vislumbró aún la esperanza sonriéndole a su cabecera. La curiosidad la sacó de la cama, y Sofía fué a mirar a través de los cristales de la ventana.

Bajo un cielo pálido rosado, los campos recién labrados extendían monótonamente hasta el horizonte su capa rojiza.

Sofía sintió renacer en ella la profunda impresión que años atrás le había causado el Océano. A lo lejos, surgiendo de la línea del horizonte, dos campanarios, uno a la derecha y otro a la izquierda, se elevaban al cielo como dos mástiles. Más cerca, un pequeño monte bajo, altamente dominado por cuatro álamos rígidos, parecía un buque de follaje navegando en la amplia desnudez de la llanura.

Pero la joven se cansó pronto de aquel paisaje. Notó la sequedad precisa del horizonte y la triste inmovilidad de los campos labrados. A su corto vuelo hacia el infinito sucedió un malestar. ¡Ay!, no, no era el mar, el inmenso mar infatigablemente movido, murmurador y diverso, el mar terrible y encantador, placer de los ojos, espanto del alma, a la vez tan cerca y tan lejos de nosotros, desierto vivo, multitud agitada en que cada hora parece dotada de mil existencias fugitivas. Por vasto que se ofreciese a la vista, aquel paisaje afirmaba en seguida sus límites definitivos e inmutables. Así se ofrecía siempre, sin más vida aparente que las transformaciones lentas de las estaciones.

La muchacha echó de menos su pequeño jardín, donde al menos se estremecían los árboles, donde se desarrollaba la vida misteriosa de las flores. Echó de menos la calle triste en que, a falta de acontecimientos, al menos las paredes presentaban un enigma y permitían que la imaginación se evadiera.

Aquí ¿en qué más allá se podía soñar? Llanuras y más llanuras, llanuras hasta el infinito, pero un infinito miseramente limitado.

Sofía fijó los ojos más cerca de sí y vió una serie de huertas en que había jirones de ropa puestos a secar. Estaba observando aquello cuando una tos fuerte retumbó debajo de ella... Trabajo le costó reconocer al primo Aquiles bajo la sórdida indumentaria en que se presentó. Llevaba puesta una gorra de piel de conejo cuyo pelo había desaparecido casi completamente, como roído por una lepra. Una blusa mugrienta flotaba sobre su cuerpo, y sus pies descalzos holgaban en unos zuecos reventados y ligados con cordel.

— ¿Bajas o no?, le preguntó el primo en tono brusco e interrumpiendo así el risueño saludo que la joven le enviaba.

Sofía se vistió apresuradamente y bajó al huerto. — Las siete y media, observó el primo mirando la hora en su reloj; se te han pegado las sábanas... En el campo, amiguita mía, hay que levantarse más temprano.

Examinó severamente el traje de la muchacha, y añadió:

— ¿No tienes otra ropa que ponerte para hacer la limpieza de la casa? Van a darte un mandil.

Y gritó de una manera terrible:

— ¡Señora Rouquet!

Una vieja humilde salió de un barracón de tablas. El primo le mandó que se quitase el grasiento mandil que llevaba y se lo entregase a la señorita.

— Anda, Sofía, añadió Aquiles, vete al gallinero; la señora Rouquet te explicará lo que hay que hacer. En el campo, en efecto, siempre se empieza por los animales. Después viene el ocuparse de la casa y de la cocina.

La hija del Sr. Mahú obedeció. Siguió a la vieja y bajo su dirección, limpió el gallinero y experimentó la dulce satisfacción de hacerse útil.

En esto bajó doña Luisa, soñolienta, pero muy peripuesta, reluciente y majestuosa. Había hecho acopio de abnegación y de elocuencia amable que prodigó a su primo.

— ¡Buenos días, Aquiles!, ¡qué tiempo más delicioso!.. ¿Quién lo hubiera predicho anoche? ¿Me lo quieres decir?.. ¿Has dormido bien?..

— Prima, contestó el otro, he dormido como he podido y me imagino que lo mismo debe darte puesto que no depende de ti.

La viuda, enérgica, iba a recoger esta impertinencia, cuando vió a su hija barriendo el gallinero.

— ¡Cómo! ¿Qué es eso, señor primo? ¡Zizi!, la hija del Sr. Mahú con una escoba!.. ¿Y qué significa ese mandil?.. ¡Puah!..

— Tu hija da pruebas de buena voluntad, préstame algunos servicios y creo que tiene razón. Le he hecho poner un delantal para que no se manche el vestido, porque no tiene otro. En seguida voy a hacer que te den otro por la misma razón.

Y llamó nuevamente a la señora Rouquet, que fué en busca de un delantal hecho de una tela de embalaje.

Después de lo cual, el primo la despidió:

— Puede usted retirarse, señora Rouquet; yo pondré estas señoras al corriente.

Así fué como, desde el primer momento, estableció claramente la situación.

La señora de Mahú vibraba de cólera como una caldera demasiado cargada de vapor. Pero la actitud firme y glacial de su primo, apagó el fuego y conjuró la explosión. Acostumbrada por su largo trato con el Sr. Mahú a discernir las voluntades fuertes y a respetar la autoridad, la buena señora reprimió las protestas de su orgullo. Reconoció el prestigio de un nuevo amo y se sintió domada.

Durante el almuerzo Aquiles procuró suavizar los ángulos y puso una sordina a su terrible voz. Empezó por felicitar a Sofía por el celo que había desplegado durante la mañana y tuvo la inesperada delicadeza de darle las gracias por ello.

Luego el hombre la emprendió con doña Luisa:

— Diríase que estás algo de hocico conmigo, mi querida prima. Soy gruñón, ya lo sé; pero a mi edad no se cambia. Siento muchísimo, creedlo, no poder daros sino una hospitalidad más que mediocre y del todo indigna del tren de vida a que estabais acostumbradas. Pero los hechos son los hechos y yo no soy el autor de vuestra ruina, habéis de convenir en ello.

Trazó un aflictivo cuadro de su situación financiera, hizo ver que, para contrabalancear un poco el aumento de gastos ocasionado por sus parientas, tenía que despedir a la vieja que, hasta entonces, se había ocupado de su menaje, y que, por consiguiente, sus primas deberían asegurar personalmente el servicio. Terminó recomendando la más estricta economía, si no, le sería imposible cubrir los gastos.

— Y todavía, añadió, ¡voy a verme obligado a trabajar el doble!

— ¿Pero tú trabajas?, le preguntó doña Luisa. Yo te creía rentista.

— ¡Sí, valiente rentista!

— Pero, insinuó la buena señora, tú antes tenías bienes y tus existencias de droguería...

— Hace tiempo que la droguería no da nada y me costó gran trabajo vender mis existencias, aun a precios inferiores a los de coste.

Entonces, utilizando sus talentos de aficionado, se procuraba algunos pequeños beneficios embalsamando animales.

Estas humildes confesiones pusieron en derrota las supremas desconfianzas de Sofía.

Doña Luisa cesó por su parte en su tirantez, y exclamó en pleno sueño triunfante:

— ¡De tal manera vamos a llevar la casa, Zizi y yo, que te haremos hacer economías!

Llamaron a la puerta de entrada.

El primo hizo ademán de ir a abrir, pero deseosas de mostrar su buena voluntad, las dos mujeres se precipitaron hacia la puerta.

— ¡No te molestes, primo!

El primo Aquiles volvió a sentarse meneando la cabeza con satisfacción.

Sofía encontró a la puerta un señor de baja estatura, regordete y risueño que la saludó como si se conocieran de mucho tiempo.

— ¡Señorita Mahú, presumo yo, señorita Zizi, si me es lícito llamarla así!.. Presento a usted mis respetos. ¿El tío Aquiles está en casa?.. Espere usted un poco que arregle a Matusalén.

Daba este nombre bíblico a un extraordinario vehículo que, antiguamente había podido llevar la apelación industrial de triciclo. Hoy, aquel inverosímil conjunto de ruedas, herrajes oxidados como mercancía de baratillo, escapaba a la clasificación. A falta del nombre común que ya no era posible asignarle, el nombre propio y familia de Matusalén cuadraba perfectamente a aquel curioso «caso» de longevidad ciclista.

Con penosas contracciones musculares, el señor regordete logró levantar del suelo aquella pieza de museo a fin de hacerla pasar al arroyo.

Al volver a tocar el suelo, Matusalén se estremeció como un carro de lechero. Arrastrado por el declive, pareció querer volverse al sitio de donde lo habían sacado tan laboriosamente. Hubo que afirmarlo.

El hombrecito regordete examinó con complacencia su anticuada máquina.

(Se continuará.)

LA CRIPTA RESTAURADA DE LA ABADÍA DE MONTECASSINO (ITALIA). (Fotografías de Argus Photo-Reportage.)

La célebre abadía que se alza en la cumbre del sagrado monte, el glorioso cenobio benedictino que resiste impávido a la gloria de catorce siglos, ha celebrado recientemente la inauguración de los trabajos artísticos realizados en la cripta de Montecassino.

La antigua cripta había sido, en otro tiempo, decorada por la piedad de los monjes con frescos y estucos que seguramente fueron bellos; pero con el transcurso de los años y la incuria de los hombres aquella ornamentación había sufrido grandes daños, quedando de ella muy pocos restos y contrastando aquel estado de la cripta con el de la iglesia encima de ella edificada.

Pero cuando Dom Bonifacio M. Krug tomó, en 19 de marzo de 1897, posesión de la abadía, después de 292 predecesores, creyó necesario enriquecerla con una obra de arte que, en su concepto, fue-

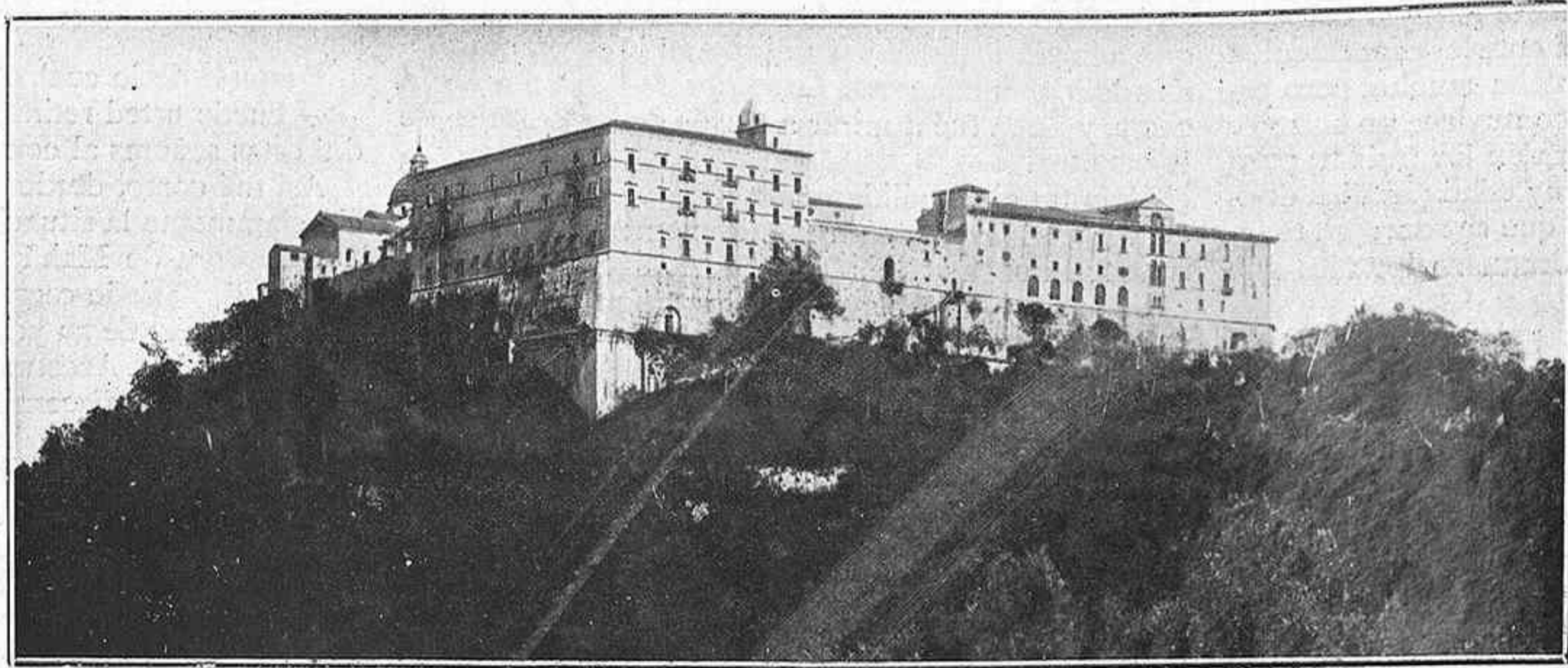
una nueva manifestación del pensamiento católico en el arte religioso.

dencia y los artistas serían los mismos de Beuron que, siendo monjes, correspondían plenamente a los sentimientos religiosos, ascéticos y litúrgicos del abad Krug.

La obra aparecía en la mente de éste como un poema que había de abrazar no sólo la vida admirable de San Benito y de Santa Escolástica, sino también la vida en extremo accidentada y rica en grandes sucesos de la Orden durante catorce siglos. La parte ideal e inventada del poema fué sugerida por él y entusiasmado con la obra de arte a la cual se consagraba, llamó de nuevo a Montecassino a Dom Desiderio Lenz y a otros monjes artistas, los cuales ya en diciembre de

1899 comenzaron sus trabajos.

El emperador de Alemania demostró, desde los primeros años, cierta predilección por la orden benedictina, y esta predilección aumentó por la obra



Vista de la abadía de Montecassino

Para esta obra de arte, que debía ser rica en mosaicos, en mármoles preciosos, en altos y bajos relieves y en frisos de oro, el abad no quería poner límite a los gastos; a todo supliría la divina Provi-



Patio central

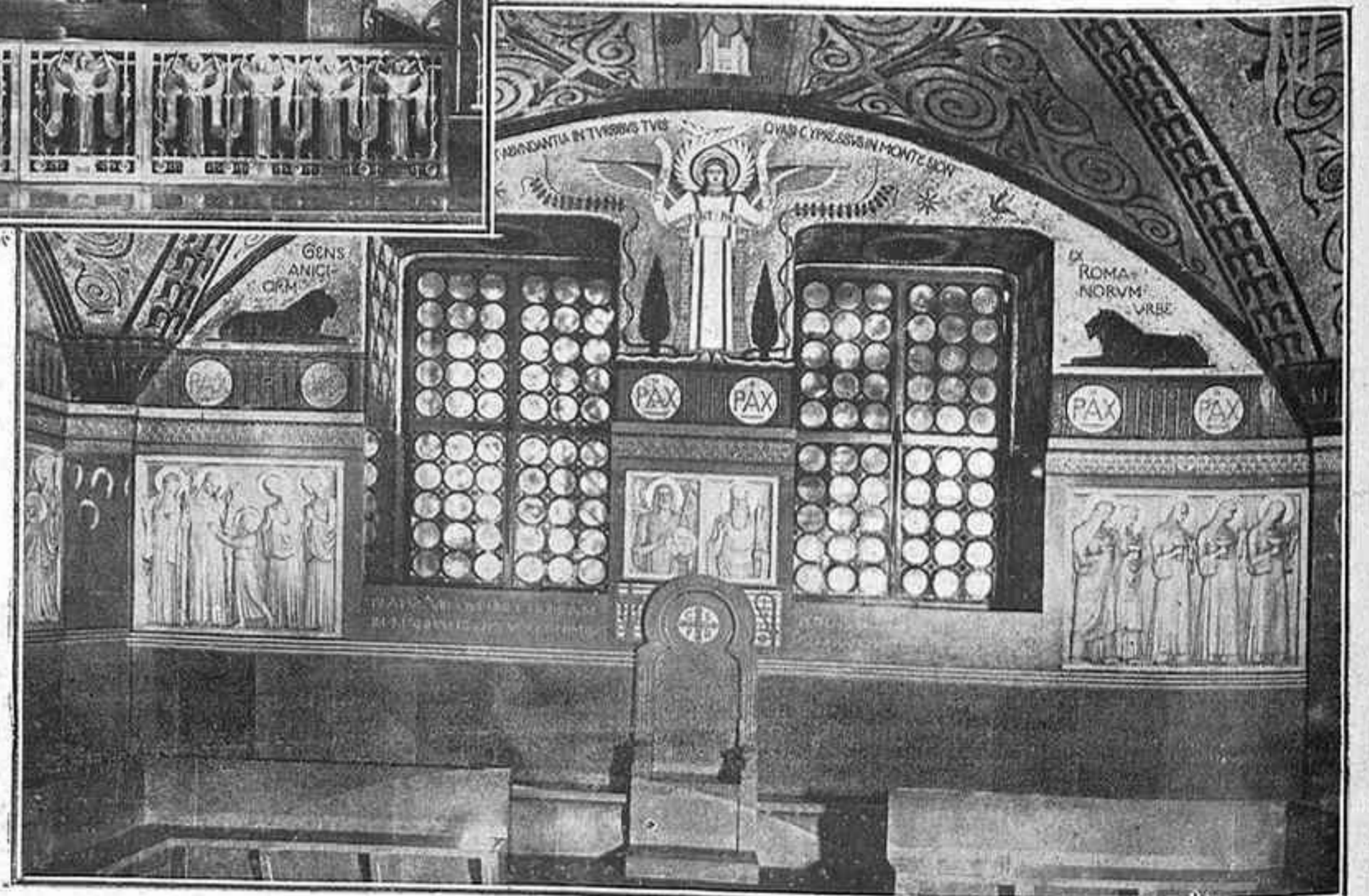
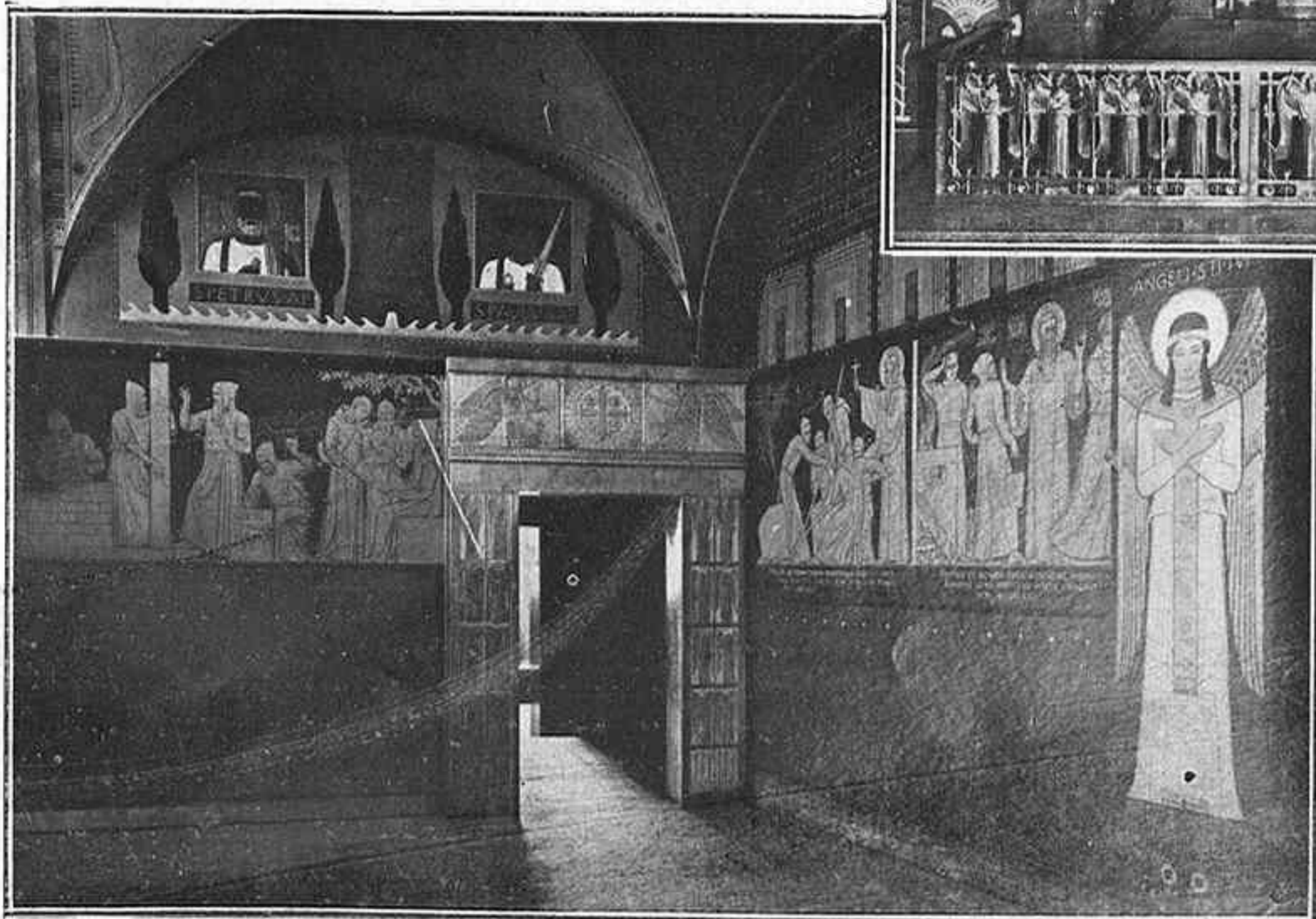


Interior de la iglesia

se digna del lugar y de la altísima idea que de éste se tenía formada.

Muchas veces habían hablado ya los monjes de adornar la cripta de la iglesia en donde reposa el cuerpo de San Benito; Dom Bonifacio propuso a los de su tiempo emprender aquella obra y ellos aprobaron su idea. Entonces el abad concibió el proyecto de honrar a San Benito y a Montecassino con un monumento que rivalizase con los más bellos y célebres del mundo cristiano y que resultase, en nuestra época,

de arte de la escuela beuronense, a la que estimaba mucho. En 5 de mayo de 1903, Guillermo II y sus dos hijos mayores visitaron, en compañía del rey de Italia, Montecassino, y cuando llegaron a la cripta, encontraron los trabajos bastante adelantados, lo que les complació en extremo; y el emperador no pudo contenerse y exclamó: «¡Sublime, sublime!» Además hizo un donativo de 10.000 liras y permitió que el sello imperial figurase entre los mosaicos de la cripta.



Atrio con los frescos de la escuela Beuronense. - El hipogeo de la cripta restaurado. - Pared del coro de la cripta

El rey Víctor Manuel III volvió allí en 1909, acompañado de la reina Elena, ofreciendo 15.000 liras y permitiendo también que figurase en la cripta su sello real.

El ejemplo de los dos soberanos fué imitado por otros reyes y príncipes, entre ellos la reina Margarita, los duques de Aosta, el emperador de Austria, los reyes de Sajonia y de Rumania y el príncipe de Liechtenstein. También León XIII y Pío X, magnánimos mecenas del arte religioso, dieron aún mayores cantidades que aquéllos para las obras de la cripta.

En el entretanto la fama de Montecassino y de la obra que en ella se realizaba creció de día en día y allí acudieron artistas y aficionados para admirar aquellos trabajos.

La restauración ha sido realizada por los monjes benedictinos de la escuela artística fundada por el padre Desiderio Lenz, en el siglo Pedro Lenz, el cual, después de haber estudiado el arte en Munich y sido profesor en Nuremberg y dos años pensionado en Roma, retiróse a las soledades de Schlanders, en el Tirol, en busca del arte que respondiese a su idealidad.

Hízose luego monje y en la quietud del convento, en donde el espíritu se afina con la oración, fijó con estabilidad de formas simples los tipos que la mente maduraba y la mano hábil trazaba con serenidad de líneas primitiva. Con otros dos pintores, también monjes, llamados Wüger y Steiner, fundó una escuela que continuaba su obra en Beuron, en Stoccarda y en Montecassino, en donde, con ocasión del centenario del natalicio de San Benito, decoró la parte más antigua del monasterio.

A todo esto, engrosaban las filas de los artistas, la escuela beuronense tomó el nombre más amplio de «Escuela benedictina» y Dom Desiderio, con sus colegas monjes, acometió y realizó la grandiosa obra de la decoración de la cripta.

Bajo la protección de un cielo luminoso sobre cuyo fondo de oro se destacan los símbolos del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, entre figuras de

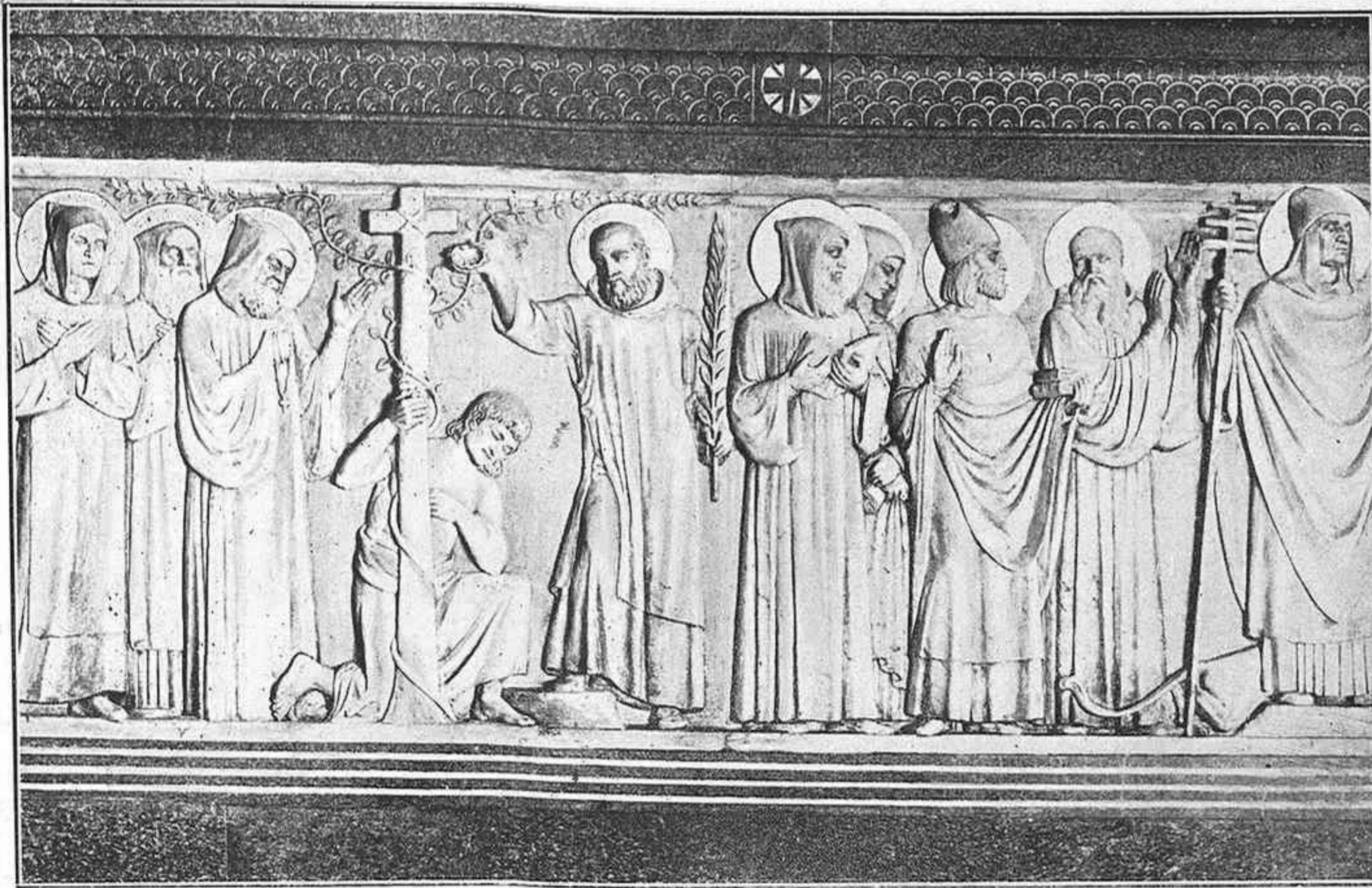
ángeles, desfila en las paredes del fondo de la sala una larga línea de santos discípulos que se dirigen a rendir homenaje al sepulcro del Padre común; son hombres y mujeres, ascetas y caballeros, mártires y apóstoles, soberanos y modestos cenobitas, vírgenes humildes y sumos pontífices, que se juntan allí para honrar la tumba de San Benito: *Filii tui de longe ve-*

colásticas que germinaron del tronco benedictino. Las dos capillas situadas junto a los vestíbulos están dedicadas a los dos primeros discípulos, San Mauro y San Plácido, cuyas gestas y virtudes se indican en las paredes. Varios símbolos, emblemas y versículos de la regla y de la Sagrada Escritura completan el concepto decorativo de la obra.

De esta suerte, la ornamentación de la cripta se nos ofrece como un himno de alabanza a Dios y como la apología de San Benito.

Una de las dos nuevas labores de arte representa el grupo escultórico de San Benito y Santa Escolástica majestuosamente sentados en un sitial con respaldo tallado y adornado con frisos de colores; entre ellos hay un ángel con palmas en las manos. El ángel y el sitial son de cedro; de la misma madera son las dos estatuas, excepto las caras y las manos, que son de marfil; la barba de San Benito, que es de plata, y los ojos y las pupilas, que son de nácar y ámbar.

El grupo se levanta sobre una base de granito rojo en cuyo frontis resalta una escultura de bronce que representa un león. En la pared,



Fragmento del fresco de la cripta de Montecassino

nient et filiae tuae de latere surgent. Estas figuras arrancan del centro, en donde hay las efigies de dos santos a quienes se dedicaron los primeros oratorios de este hermoso monte y desfilan solemnemente, formando un hermoso conjunto de luces, de relieves y de colores.

Además de los santos, desde la iglesia y por dos escaleras descienden dos procesiones de monjes y monjas a quienes unos ángeles indican el camino; estas procesiones representan el tributo de devoción de la iglesia militante, así como la fila de santos significa el homenaje de la iglesia triunfante. En un nimbo de gloria están sentados San Benito y Santa Escolástica.

En los vestíbulos en donde terminan las escaleras, hay alineados, como guardianes vigilantes, figuras de caballeros cuyas órdenes abrazaron la regla de San Benito, y fundadores de congregaciones es-

en los ángulos que el nicho circular deja libres, están reproducidos en mosaico los monasterios de San Benito y de Santa Escolástica, es decir, Montecassino y Piumarola.

La otra labor de arte es una pared de la nave central de la cripta; en la luneta se ve una gran composición de mosaico que representa a Moisés entregando a Aarón y a David un incensario y las tablas de la Ley.

En la parte inferior hay una ancha faja de mármol con bajos relieves que figuran una procesión de santos de la Orden yendo a rendir homenaje a la tumba de San Benito.

Entre estas figuras destácase por su especial belleza la de un ángel que toca la cítara y a quien rodean, extasiados, algunos santos benedictinos que difundieron por el mundo el amor a la música sagrada. — T.



PERROS DE RAZA

DE TODAS CLASES

Criadero esportico «La Wartburg». Distinguido con más de 200 premios del Estado, diplomas de honor y de clasificación (SIN COMPETENCIA). Lista de premios núm. 26 gratis. Album artístico núm. 26 contra envío de marcos 1,50.

PAUL KOEHLER, OSSMANNSTEDT (Alemania)

INNSBRUCK, TIROL

ESTACIÓN DE VERANO Y DE INVIERNO
HOTEL TYROL, DE PRIMERA CLASE
FOLLETO ILUSTRADO CARLOS LANDSEE

Paris
Data de 1849

PUREZA DEL CUTIS
— LAIT ANTÉPHELIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès

pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFLORESCENCIAS
ROJECES.

Pone y conserva el cutis limpio y terso

Casa CANDES
St-Denis, 16

INSTITUTO POLITÉCNICO

FRANKENHAUSEN
Kyffh (Alemania)

Enseñanza de la construcción de máquinas en general y para la agricultura.
Electro-técnica, Arquitectura.

AVISO A LAS SEÑORAS

EL ANIOL DE LOS DRES
JORET-HOMOLLE

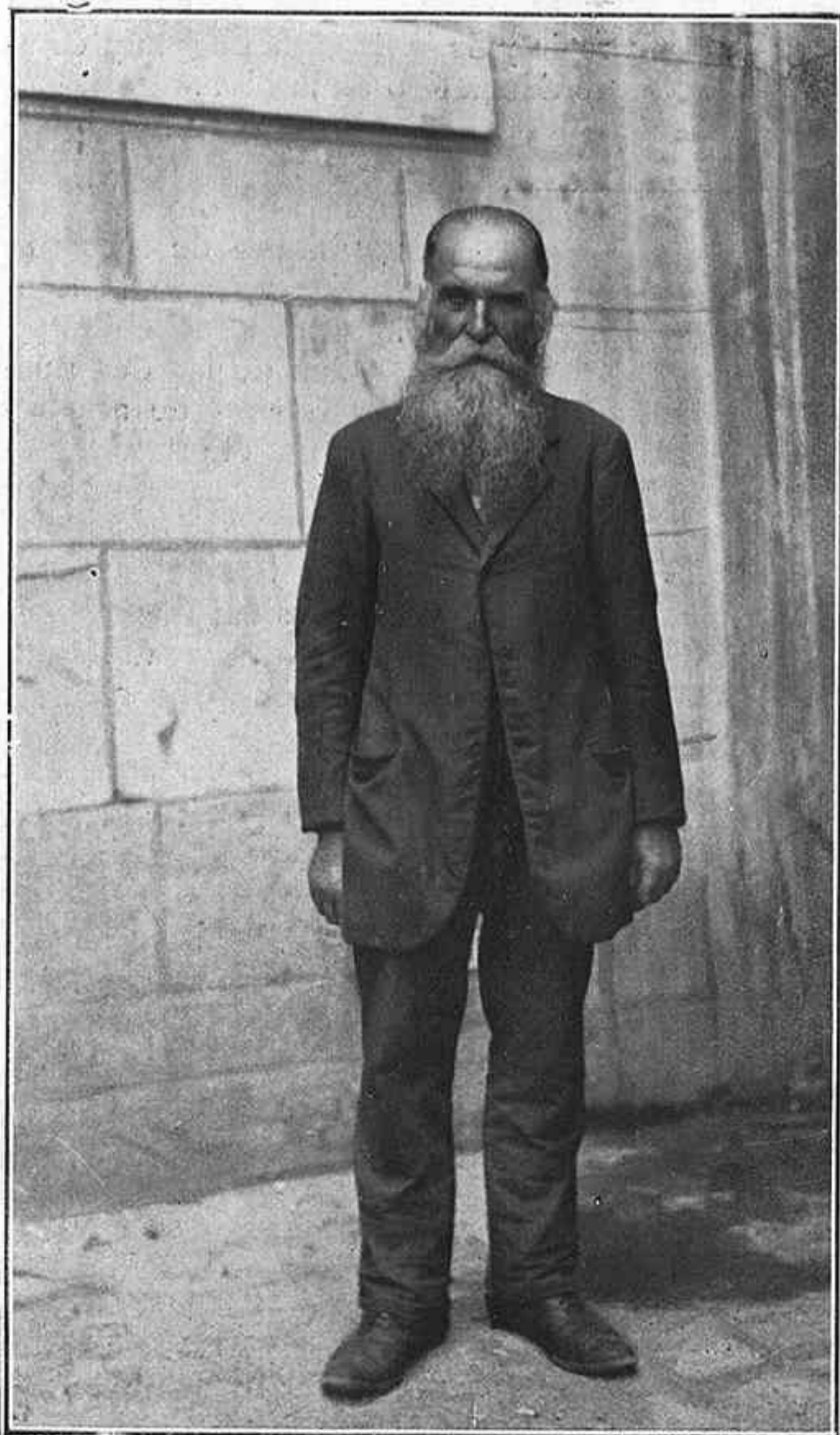
CURA
LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS

F^{ca} G. SÉGUIN — PARIS
105, Rue St-Honoré, 105
TODAS FARMACIAS y DROGUERIAS

ZEISS
GEMELOS
PARA VIAJE,
DEPORTE Y CAZA
PÍDASE EL PROSPECTO (T. 224)
De venta en todos los Establecimientos de Optica, y por
CARL ZEISS, Jena, ALEMANIA
Berlín - Hamburgo - Milán - Londres
París - San Petersburgo - Viena - Trk.

EL «BUQUE-BOTELLA»

Tal es el nombre con que ha sido bautizada una embarcación en extremo original que actualmente están construyendo en



El griego Constantino Panojetti, inventor y constructor del «buque-botella» con el que se propone hacer el viaje de París al Havre y del Havre a Nueva York.

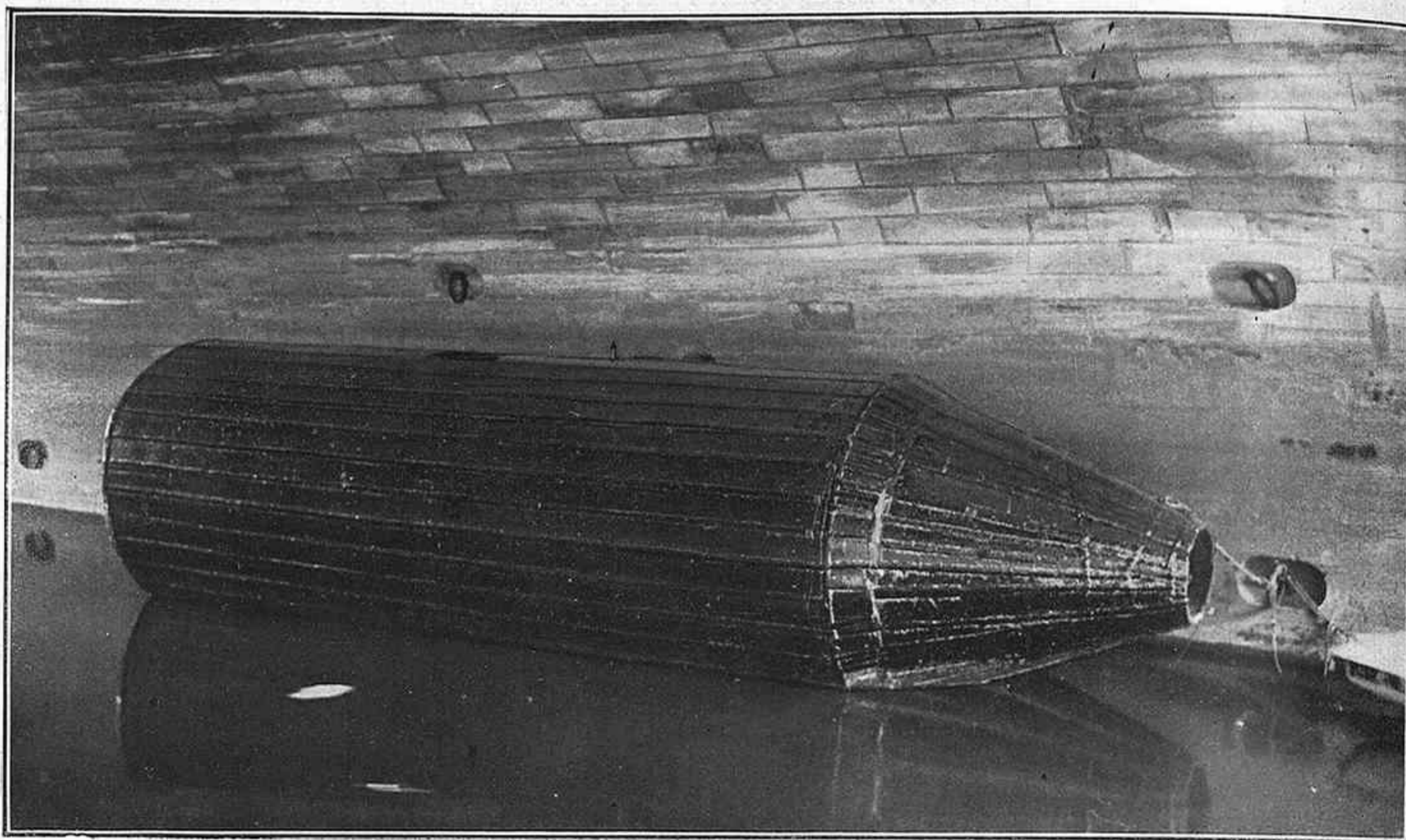
Este barco, de madera y cartón alquitranado, tiene, según puede verse en el grabado adjunto, la forma de una botella de cuello ancho y corto, de donde toma el nombre que se le ha dado; es cilíndrico, y está reforzado por varios aros de hierro; mide nueve metros de largo por dos y medio de ancho, y en las extremidades tiene aberturas por las cuales se penetra en el interior.

El inventor del «buque-botella» Constantino Panojetti es griego y heredó de su padre una cuantiosa fortuna que ha gastado casi enteramente en socorrer miserias. Él no gasta para sí casi nada, pues sólo se alimenta de cortezas de pan y de legumbres cocidas sin sal ni manteca.

Según ha declarado a un redactor de un importante periódico parisiense, la máquina que ahora está construyendo no es más que un modelo y se propone construir otra de 100 metros

200 kilómetros por hora. Por medio de un juego de hélices, cuyo secreto dice posee y no quiere revelar, el «buque-botella» dará vueltas sobre sí mismo con rapidez vertiginosa, sin que las personas que vayan dentro sufran la menor molestia, porque estarán colocadas sobre un plano con ruedas completamente estable. En el modelo que ahora está construyendo, las hélices irán movidas a mano por medio de un mecanismo especial.

Panojetti explica el origen de su extraña embarcación diciendo que desesperado de ver cómo se perdían tantas vidas a consecuencia de siniestros marítimos, fué en peregrinación a Tierra Santa y suplicó a la Providencia que le diera los medios de poner término a tales hecatombes; y que estando una noche en oración cayó del cielo delante de él un pergamino en el que había sido dibujado el plano del buque maravilloso. Añade que al otro día se levantó temblando de fiebre y con la



El «buque-botella» que actualmente está construyendo en París Constantino Panojetti, debajo del puente de San Miguel, en el Sena. (De fotografías de Carlos Delius.)

París, debajo del puente de San Miguel, en el Sena, su inventor, un griego llamado Constantino Panojetti, y un mecánico parisiense, admirador de éste.

de largo que será movida por tres motores de 15 caballos, colocados uno en la proa, otro en la popa y otro en el centro y que podrán imprimir a la embarcación una velocidad de 150 a

cabeza ardiendo, pero con el corazón alegre y el alma rebosante de reconocimiento y que inmediatamente regresó a Europa y comenzó en París la construcción del «buque-botella».

DICCIONARIO DE LAS LENGUAS ESPAÑOLA Y FRANCESA COMPARADAS

Redactado con presencia de los de las Academias Española y Francesa, *Bescherelle, Littré, Salvá* y los últimamente publicados, por D. NEMESIO FERNÁNDEZ CUESTA. — Contiene la significación de todas las palabras de ambas lenguas, *las voces antiguas, los Neologismos, las Etimologías, los términos de ciencias, artes y oficios, las frases, proverbios, refranes, idiotismos y el uso familiar de las voces, y la pronunciación figurada.* — Obra reconocida por el ministro de Instrucción Pública de Francia como el Diccionario más completo de los publicados hasta hoy, según puede verse por la carta por él dirigida á nuestro representante en París. — *Monsieur: Vous avez bien voulu m'adresser les quatre volumes du nouveau Dictionnaire Française-Espagnol et Espagnol-Française de M. Fernández Cuesta, que viennent d'être édités à Barcelonne MM. Montaner et Simón. Je vous en remercie bien sincèrement; et c'est assurément le Dictionnaire de langue espagnole le plus complet qui ait paru jusqu'à ce jour, et je ne doute pas qu'il ne rende les plus grands services.* — *Agitez, Monsieur, l'assurance de mes sentiments les plus distingués.* — *Le Ministre de l'Instruction publique et des Beaux Arts, LOCKROY.* — Cuatro tomos encuadernados, cincuenta y cinco pesetas, pagadas en varios plazos.

FUMISTERIA CAÑAMERAS
Fundada en 1850

COCINAS MODERNAS
GRAN VARIEDAD DE MODELOS
TERMO-SIFONES PARA BAÑOS
ASADORES AUTOMÁTICOS
TOSTADORES, CALORÍFEROS Y
CALEFACCIÓN POR AGUA Y VAPOR
PRENSAS, BANCOS,
MESAS Y SILLAS

Fábrica despacho: SICILIA, 141 y 143
Teléfono 1940
Depósito: HOSPITAL, 87. Teléfono, 2120
BARCELONA

Sucursal: ESPOZ Y MINA, 15. — MADRID
Teléfono, 3317

Catálogos, proyectos y presupuestos gratis

PÍDASE PROSPECTO J.A.

LEITZ

GEMELOS PRISMÁTICOS
PARA
EJÉRCITO Y MARINA
VIAJE Y SPORT
TEATRO Y CAZA

SE VENDEN EN TODOS LOS
ESTABLECIMIENTOS DE ÓPTICA DE IMPORTANCIA O DIRECTAMENTE POR
E. LEITZ, WETZLAR (ALEMANIA)

ANEMIA DEBILIDAD Curadas por el Verdadero **HIERRO QUEVENNE**
El más activo y económico, el único inalterable. — Exigir el Verdadero, 14, R. Beaux-Arts, París.

PATE ÉPILATOIRE DUSSE

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, emplee el **PILVORE, DUSSE**, 1, rue J.-J.-Rousseau, París.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN